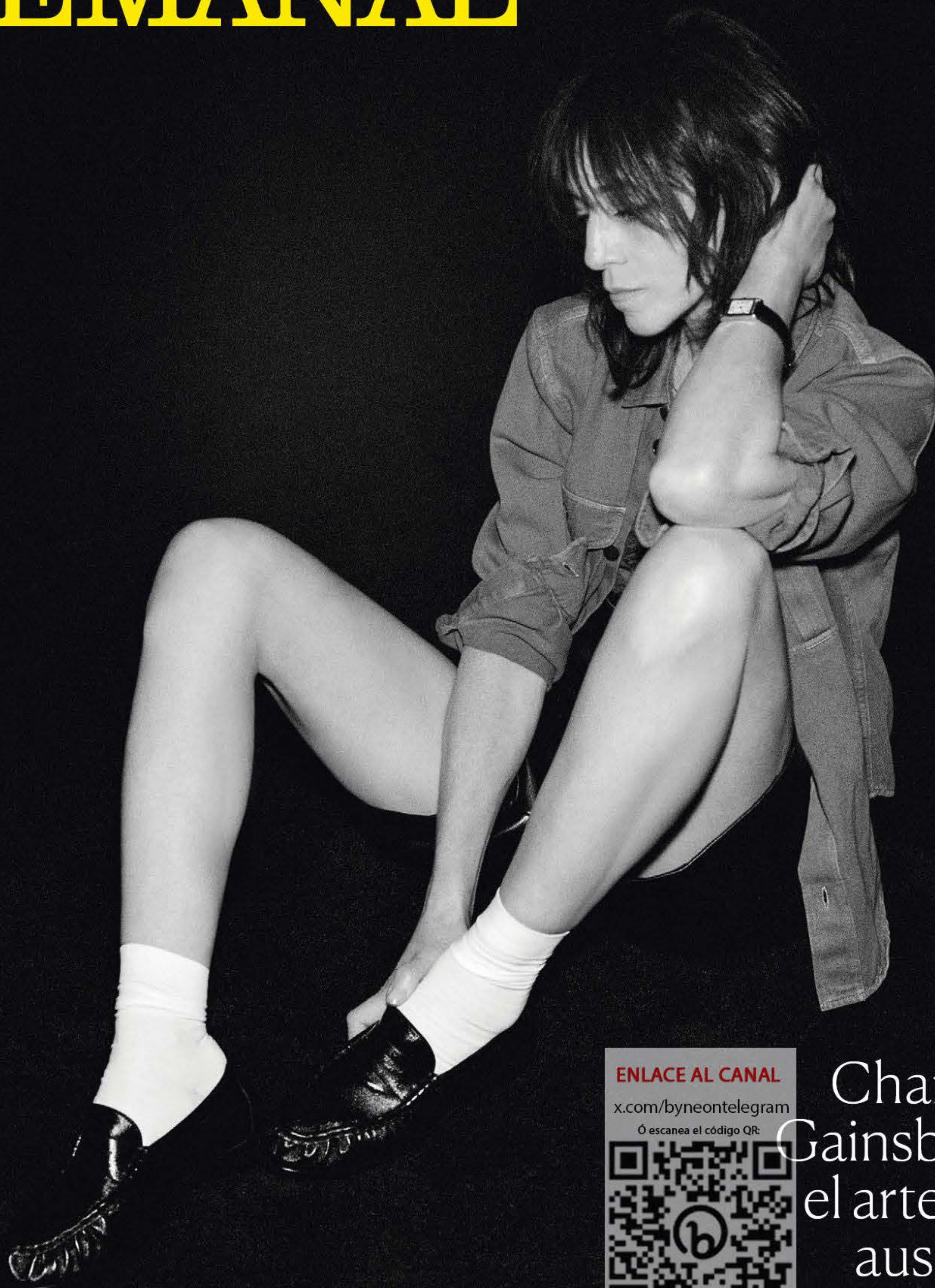


EL PAÍS SEMANAL



Nº 2.602 / ENTREGA CON EL PAÍS EL DOMINGO 9 DE AGOSTO DE 2026

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



Charlotte
Gainsbourg,
el arte de la
ausencia

por Álex Vicente
fotografía de Gorka Postigo

-EL MUNDO



 中国大学石油网 中国大学石油网 中国大学石油网 中国大学石油网 中国大学石油网

 Avalon

「14 DE AGOSTO SOLO EN CINES」

EL PAÍS SEMANAL 2.602

20

Perfil. Charlotte Gainsbourg

"A mí la perfección nunca me ha parecido demasiado interesante", dice la actriz y cantante francesa.

30

Entrevista. Garik Israelian

Conversamos con el astrofísico que fundó, junto con Brian May [guitarrista de Queen], el festival de ciencia y música Starmus.

36

Fotoensayo. Playas de interior: el centro del mundo

El fotógrafo Marcos Avilés recorre ríos, embalses, pozas y lagos de España, donde el mar está lejos.

42

Perfil. Dorian

Recorremos la Barcelona que los vio nacer como banda hace 25 años. Se publica ahora un libro de memorias de estos abanderados del indie más bailable, *A cualquier otra parte*.



42

48

PLACERES DE VERANO

Este domingo, el placer estival se esconde en los chiringuitos de la playa [página 50], en la rehabilitación de Jose Costa de una típica casa valenciana [página 56] o en los cócteles neotropicales de Alicante [página 62].

ENLACE AL CANAL 36

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



62

- 6 Pamplinas
Martín Caparrós
- 12 La imagen
Juan José Millás
- 74 Turistas de agosto
Martín Bianchi

Fotografía de portada:
Gorka Postigo.
Charlotte Gainsbourg
lleva un *total look* de
Saint Laurent por
Anthony Vaccarello.





POR LINIERS

PRESIDENTE

Joseph Oughourlian

CONSEJERA DELEGADA

Pilar Gil

DIRECTOR

Jan Martínez Ahrens

SUBDIRECTOR

Borja Echevarría

REDACTORA JEFA

Belinda Saile

DIRECTOR DE ARTE

Diego Areso

REDACTOR JEFE DE FOTOGRAFÍA

Gorka Lejarcegi

EDICIONES EL PAÍS, SLU

Depósito legal: M-20171-2013

ISSN: 1134-6590

Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid

Teléfono 913 37 82 00

Caspe, 6, 3ª planta. 08010 Barcelona

Teléfono 934 01 05 00

elpaissemanal@elpais.es

Editado por el Grupo PRISA.

Este suplemento se entrega

con EL PAÍS los domingos.

El precio de los ejemplares atrasados

es el doble del de portada.

Impresión. Rotocobri. Ronda de Valdecarrizo, 13.
28760 Tres Cantos (Madrid)

© Ediciones El País, SLU. Madrid, 2026



PEFC Certificado
Papel procedente de bosques
gestionados de forma sostenible,
reciclado y de fuentes controladas
www.pefc.es

EN PORTADA

Todo sobre su padre. “No hagan preguntas personales”, nos advirtieron antes del encuentro. Era una orden difícil de acatar: en la trayectoria de Charlotte Gainsbourg, vida y obra forman un tejido inseparable. Durante una tarde en Arlés, con la emoción siempre a flor de piel, nos contó su último proyecto: retratar todas las posesiones de su padre, Serge Gainsbourg, mito de la música francesa fallecido en 1991. Desde su muerte, su domicilio parisiense permanecía intacto, tal como lo dejó, como si fuera un mausoleo. Su hija decidió abrirlo al público en 2023. Antes de entregar el lugar a los visitantes, quiso inmortalizarlo para la posteridad. Actriz, cantante, directora, imagen de Saint Laurent y ahora también fotógrafa, aunque se sienta, como ella misma confiesa, una intrusa en todos esos campos, Charlotte Gainsbourg convierte su duelo en un fértil territorio de creación. Hablamos con ella sobre su particular manera de vivir al lado de los muertos. **ÁLEX VICENTE**

HA COLABORADO



Gorka Postigo (Madrid, 48 años) es fotógrafo y arquitecto. Ha trabajado con Jean Paul Gaultier, Miu Miu, Carolina Herrera o Paco Rabanne. En 2018 presentó *Presente / Futuro*, un proyecto sobre jóvenes transgénero. En este número retrata a Charlotte Gainsbourg.



NH COLLECTION
HOTELS & RESORTS

Descubra hoteles únicos en destinos excepcionales

Experiencias extraordinarias desde París hasta Nueva York, de Helsinki a las Maldivas, de Ámsterdam a Buenos Aires y en más de 100 destinos alrededor del mundo.

Privilegios exclusivos con nuestro programa de fidelización Minor DISCOVERY.

MINOR
HOTELS

ANANTARA
HOTELS & RESORTS

elewana
COLLECTION

The WOLSELEY
HOTELS

TIVOLI
HOTELS & RESORTS

MINOR
RESERVE
COLLECTION

NH COLLECTION
HOTELS & RESORTS

nhow
HOTELS & RESORTS

AVANI
Hotels & Resorts

COLBERT
COLLECTION

NH
HOTELS & RESORTS

OAKS.
Hotels, Resorts & Suites

iStay
Hotels

nh-collection.com

NH Collection Venezia Grand Hotel Palazzo dei Dogi, Italia

Martín Caparrós

La palabra apuesta

POCOS ENGAÑOS MÁS descarados que la palabra apuesta. Algunas se creen que lo son y nos hacen reír: lo mismo les pasa a tantas mujeres, tantos hombres. Y encima dependen de la moda, como casi todo: la palabra apuesta de ayer es la cursi de hoy —hablemos de crisálidas, firmamentos, surrealista y otras horteradas. Pero no nos dejemos llevar por las palabras y sus trucos malos: hoy no queremos hablar de la palabra que se cree apuesta; queremos hablar de la palabra apuesta.

Sus orígenes no tienen mucha gracia. Latinos, por supuesto, del verbo *apponere*, agregar, poner encima. O sea: las monedas que el jugador arriesgaba a una carta o un dado. Esa era la puesta, un acuerdo entre dos o más personas que se comprometen a entregar esa suma a quien gane el desafío pactado. Que podía ser cualquiera, pero solía concentrarse en dados y barajas o al resultado de un duelo entre animales: qué caballo o can corría más rápido, qué hombre o mujer corría más rápido, qué gladiador mataba y cuál moría.

Así eran los romanos, gente brusca, portadores del fascio. Y así fueron —casi— todos los demás, y más aún cuando los ingleses inventaron el *sport*. Primero, por supuesto, se apostaba al triunfo de tal o cual equipo, pero rápidamente se abrieron apuestas a quién metía el primer gol, quién el último, quién pateaba más canillas contrarias y así de seguido: de pronto todo fue apostable y todo fue apostado y las posibilidades de trampa se multiplicaron. Ahora sabemos que muchos de esos partidos muy menores, esos combates de vox casi perdidos, se hicieron para que algún mafioso se forrara con apuestas arregladas.

Todo lo cual es muy bonito, gran reservorio de películas tremendas donde el protagonista se debate entre dejarse ganar para pagar el tratamiento de su madre enferma —y de paso el Mustang— o enfrentar a los malos como sólo en Hollywood. Siempre muy didáctico, una escuela de vida para alumnos repetidores; el problema es que ahora se puede apostar por cualquier cosa.

Hay apuestas para todos los gustos, y están los ídolos de jóvenes que los incitan a jugarse lo que no tienen al resultado de un partido: a arruinarse, de a poco o de golpe. Pero la novedad son esas “compañías” norteamericanas que aceptan apuestas sobre lo que sea. “¿Estados Unidos atacará a Irán? ¿Se casará Taylor Swift? ¿Usará tal político tal palabra en su discurso de mañana?”, ejem-

plificaba hace unos días *The New York Times*. Y contaba que la tendencia se disparó con las apuestas de la campaña presidencial de 2024, y que sólo en diciembre pasado las dos *fulleras* más ricas, Polymarket y Kalshi, movieron unos 10.000 millones de euros, cuatro veces más que el total del Gordo de Navidad español.

Para su fortuna, Donald Trump Jr. aparece como “asesor” de las dos principales. Y, para esquivar las leyes sobre el juego, las empresas se hacen llamar “mercado de predicciones” y adoptan formas financieras: uno “compra una acción” que dice que mañana se va a caer un avión en China; si sucede, la acción sube mucho y te la “compran”; si no, pasa a valer cero. Las empresas suelen tener sus servidores en cualquier isla perdida, sin controles, la forma actual del paraíso.

La moda es reciente, y hay quienes piensan que es la maniobra genial de un filántropo loco, un americano dispuesto a dejarse sus millones para ofrecer a esos espías y traidores que su país cría sin parar una opción inofensiva: que cuando roben un secreto militar importante no se lo vendan por millones a un enemigo que querrá usarlo para el mal —sino que ganen esos millones apostando gracias a lo que se enteraron.

Apoyan su teoría en casos de soldados que ganaron, por ejemplo, fortunas apostando a la fecha del ataque democrático a Irán. O en el arresto del sargento Gan-

La novedad son esas “compañías” norteamericanas que aceptan apuestas sobre lo que sea. ¿Se casará Taylor Swift?



non Ken Van Dyke, 20 años de fieles servicios, que había ganado 400.000 dólares apostando que Maduro caía antes del 31 de enero. O en la detención del operador del *teleprompter* de Trump, que apostaba sobre lo que su jefe diría en sus discursos.

Es un alivio pensar que quien consiga información hipersensible no la usará para entregársela al enemigo de ese mes sino para embolsarse millones: la lealtad siempre al mejor postor. Pero el efecto general es “la financiarización de todo”: que cada decisión, cada acción, cada inacción, cada carambola se convierta en base de un negocio y una apuesta: yo digo que ta, tú dices que te, el que gana se lleva la plata. Y el mundo cada vez más un gran casino —en italiano, que al fin y al cabo es nuestra lengua madre. —EPS

MUCHO QUE CONTAR. MUCHO QUE APORTAR.

Elaborados con frutas y hortalizas, listo para disfrutar cuando quieras.



Cada vez prestamos más atención a lo que comemos. Buscamos alimentos que respondan a nuestro estilo de vida, pero también queremos conocer su origen, cómo se elaboran y qué hay realmente detrás de cada producto. En este contexto, **los zumos de frutas y los gazpachos son dos productos de base vegetal que podemos situar dentro de la Dieta Mediterránea, un patrón alimentario saludable, culturalmente próximo y sostenible.**

Elaborados a partir de frutas y hortalizas, permiten disfrutar de su sabor de forma sencilla en cualquier momento del día. Ya sea durante el desayuno, como tentempié, en una comida fuera de casa o después de practicar deporte, constituyen una opción cómoda para quienes buscan incorporar más alimentos de origen vegetal a su alimentación cotidiana.

LA CALIDAD EMPIEZA EN EL CAMPO

La calidad de un zumo o de un gazpacho comienza mucho antes de llegar al envase. Todo parte de una selección de frutas y hortalizas europeas recogidas en su momento óptimo, preservando el sabor y las características propias de cada ingrediente.

En el caso de los gazpachos, la combinación de tomate, pimiento, pepino, aceite de oliva virgen extra y el resto de los ingredientes da lugar a una de las recetas más representativas de la gastronomía mediterránea. Los zumos, por su parte, mantienen el auténtico sabor de la fruta gracias a un proceso de elaboración regulado por una exigente normativa europea.

SI ELIGES ZUMO, ELIGES FRUTA

Existe un aspecto que todavía genera dudas entre muchos consumidores. Cuando un producto se comercializa con la denominación "zumo", significa que está elaborado exclusivamente a partir de fruta. Además, esta normativa

prohíbe la incorporación de azúcares, por lo que los únicos azúcares presentes son los que la fruta contiene de manera natural. Esta normativa garantiza la transparencia y ofrece al consumidor la seguridad de saber exactamente qué está consumiendo.

PRÁCTICOS PARA EL DÍA A DÍA

Una de las principales ventajas de los zumos y gazpachos envasados es su comodidad. Su formato permite llevarlos fácilmente al trabajo, al colegio, de viaje o disfrutarlos en casa siempre que apetezca.

Además de aportar sabor y frescura, aportan agua dentro de la alimentación cotidiana y permiten disfrutar de frutas y hortalizas de una forma rápida, adaptándose a los nuevos hábitos de consumo sin renunciar a la calidad.

UN SECTOR COMPROMETIDO CON LA SOSTENIBILIDAD

Detrás de cada envase existe un sector que trabaja para aprovechar al máximo las frutas y hortalizas, favoreciendo una producción eficiente y contribuyendo a reducir el desperdicio alimentario y a optimizar el uso de los recursos disponibles. Algunos ejemplos que lo ilustran son la recuperación de la pulpa o de los aceites esenciales y los aromas, y también la gestión del agua y su regeneración para otros usos dentro y fuera del proceso industrial.

La industria de los zumos y gazpachos transforma alrededor del 20 % de las frutas y hortalizas producidas en Europa, impulsando la actividad económica en las zonas rurales, fomentando la innovación y generando miles de puestos de trabajo a lo largo de toda la cadena de valor.

Los zumos y gazpachos representan una opción naturalmente única demostrando que calidad, comodidad y sostenibilidad pueden ir de la mano.



AUDACES

DOS FENÓMENOS DEL HUMOR ARGENTINO EN REDES

Ceci Hace y Nahuel Ivorra, la pareja de comediantes y creadores de personajes como La Checha, están detrás de vídeos que han llegado a contar con más de 30 millones de visitas.

POR JESÚS RUIZ MANTILLA
FOTOGRAFÍA DE JACOBO MEDRANO

Ceci Hace y Nahuel Ivorra, el dúo cómico argentino, posa durante su visita a Madrid.

CECILIA CAÑIZARES (BUENOS Aires, 43 años) era una ejecutiva publicitaria en una empresa donde se ocupaba, sobre todo, de las finanzas. Viajaba mucho por el mundo, dormía en hoteles de categoría y pasó a tener su propia empresa antes de la pandemia. Pero no era feliz. Había enterrado a la niña que hacía reír a sus compañeras en el colegio y no sabía por qué. Un día se rebeló contra sí misma, se metió en clases de *stand up comedy* y monólogos para tratar de recuperar a aquella pequeña gamberra y se le ocurrió un nombre artístico para despistar a sus clientes: Ceci Hace.

Luego fue probando en bares donde a veces debía enfrentarse a un público que no había ido a verla específicamente a ella con números de 10 minutos. “De día ejecutiva, de noche comediante, era como Batman...”, recuerda Ceci. “Actuábamos en bares chiquitos, de primera instancia. A veces teníamos cuatro personas y pensábamos en suspender... Pero no, si haces reír solo a cuatro, puedes con 400. Te subís, probás y probás... Fracasas, fracasas, eso te va armando un poco el ego... La mayoría de las veces tenías que cancelar. Luego, había gente que no te quería ver, se lo tenían que tragar antes de una fiesta, todo muy violento”.

Como el humor no le daba, seguía alternando su trabajo de día con la comedia de noche. Agotador. En esa época, pasada la pandemia, conoció a Nahuel Ivorra (Buenos Aires, 35 años): un muchacho que andaba en las mismas, pero que había estudiado y hecho teatro, aparte de locuciones y doblajes. “Las obras en las que participaba eran muy dramáticas, con personajes muy para dentro. Hasta que un día me harté y decidí que lo que me gustaba era hacer reír”, cuenta él.

Todavía andaban ambos centrados en el mundo analógico y algu-

nas redes, como Instagram o TikTok, abriéndose hueco en la biosfera lo mismo que ellos en salas de no mucho postín por Buenos Aires. Fueron probando a rodar sus vídeos. Pero, como pasa con casi todo en esa jungla hiperabastecida de contenido, apenas llamaban la atención. Hasta que un día, Ceci estaba esperando al borde de una cancha de fútbol de barrio y le pidió a un amigo que la grabara. Empezó a lanzar piropos a los jugadores con el descaro y la falta de gusto con que los machitos acosan a base de bromas de baja estofa a cualquier mujer por la calle. Le dio la vuelta a la tortilla de los roles de género. Pura intuición. Colgó el video y explotó... En un suspiro logró 100.000 visitas y de ahí, solo subió: “Encontró un filón”, dice Nahuel. “Solo tenía que ir colocando al personaje en otras situaciones”.

Así nació La Checha, con su lenguaje retador, su ironía de hembra alfa, su verborrea bastorra y sin complejos en decenas de casos. Checha enseñando a conducir a un pibe; incitando la timidez de un muchacho descaradamente acosado en encestadas mediante proposiciones indecentes; Checha llevando a su bebé a la cancha o escaqueándose de ocuparse de los nenes cuando le toca después de un divorcio...

Ceci había reconfigurado el feminismo con el lenguaje de un macho. Hoy tiene 1,3 millones de seguidores en redes, llena teatros en Buenos Aires y hace giras internacionales sin apenas haber salido en la tele, ni concedido entrevistas a las radios o aparecido en los periódicos.

Tanto ella como Nahuel forman parte de una generación de artistas que se han labrado su suerte en redes

“Los videos deben ser de andar por casa. El teléfono y un trípode, nada más”





y lanzado sus carreras con los códigos, el lenguaje aprendido a fuerza de prueba y error que requiere ese vértigo sin pretensiones. “Por ejemplo, así como en un número que preparas para el teatro dejas los mejores chistes para el final, en un video debes colocarlo al principio. Eso lo fuimos aprendiendo”, asegura Nahuel.

Lo mismo que la ausencia total de artificio: “Los videos deben ser de andar por casa. El teléfono y un trípode, así los hacemos, nada más. Conocemos gente que lo intenta con más medios y no le sale”, afirma Ceci. “Quizás no estén haciendo algunas cosas bien”, sugiere Nahuel de manera elegante. Como diciendo, quizás les falte la intención, la chicha y la gracia en lo que cuentan, el talento para encontrar un lenguaje propio, como logró Ceci por medio de La Checha o Nahuel con el inmaduro que no superó la secundaria.

El éxito de Ceci fue exponencial, de progresión geométrica desde aquel primer vídeo en la cancha de fútbol: “Tuvo un millón de visualizaciones en una semana. Imagina para alguien que apenas tenía 500 seguidores. A partir de ahí, fue sumando 100.000 cada mes, sobre todo con el éxito de La Checha. Otro hito fue cuando descubrió el lenguaje de las madres monoparentales... “Había escuchado mucho a mi familia, me nutrí del machismo más típico, hasta que entré en el mundo de las mamás divorciadas”. Un bombazo. La Checha inventando excusas para no ocuparse de sus obligaciones filiales arrasó de nuevo con un vídeo que logró... ¡33 millones de visitas!

Con todos esos ingredientes del puzle sociológico que ambos componen retratando supervivencias, evasivas, descaros y fracasos, La Checha y otras mujeres encarnadas por Ceci Hace han saltado a escena como personajes de comedia en tablas. Las trajeron a Madrid, donde los entrevistamos, y a su gira española dentro del repertorio, que arrasó entre un público joven entregado. “Acá teníamos

“Teníamos miedo de venir a España, creíamos que no se nos iban a entender los matices del lenguaje”, confiesan sobre sus actuaciones en Madrid.

muchos seguidores, queríamos verles las caras, pero a la vez teníamos miedo de venir a España, creíamos que no se nos iban a entender los matices del lenguaje”.

Pero Madrid es una ciudad y España un país entrenados en el porteño desde los tiempos de La Raulito, en los setenta. A base, en parte, del mejor cine argentino o excelentes series, pero, sobre todo, porque es un acento muy común en las ciudades desde la transición democrática. Madrid, sobre todo, es *cum laude* en deje argentino. Hace gracia y gusta, como pasa con otras muchas voces americanas, al haberse convertido hoy en la capital latina de Europa.

Como artistas, ambos mantienen el pulso de la calle. No lo quieren perder, aunque notan mucho el éxito cotidianamente. “No me apetece ser tan famosa como para no poder ir a un café, esa libertad me gustaría seguir teniéndola”, afirma Ceci. “Somos gente muy tranquila, cero grandeza, no tenemos mucho ego, ni en sueños queremos llegar al punto de Maradona o Rosalía. ¡Por Dios! Da pena. Déjenla tranquila, dan ganas de decir, ese nivel debe ser insoportable”, asegura Nahuel.

Saben que las redes las carga el diablo, pero tampoco están dispuestos a autocensurarse por miedo a la cancelación. “Simplemente, sabemos que hay que estar preparados. Debes tener en cuenta que cualquier contenido puede ser un *boom* mundial o motivo para que te cancelen. Es imprevisible”, afirma Ceci.

Pero en el lado más oscuro, concretamente en Argentina, algunos extremos son preocupantes para Nahuel: “El nivel de violencia hoy no lo vi nunca en democracia”, dice el cómico. “Con este lenguaje que usa

el presidente, que si la concha de tu madre, que si zurdos de mierda. Y pareciera que nadie se queja, la gente está como medio apagada, como si las redes, en ese sentido, gobernaran Argentina o el mundo, ¿no?”. Y a la vez, en medio de tanta agitación, comenta Ceci, “la gente agradece mucho reírse, igual. Sí, lo ven hasta como una caricia, un mimo”.

Por eso quieren contribuir con humor a relajar tensiones en asuntos que polarizan, como el feminismo. “Hubo un movimiento en ese sentido fuerte. A mi juicio fue necesario lo que ocurrió, las feministas no nos pasamos ningún pueblo. Menos a la hora de justificar que por culpa de ese movimiento se explica el ascenso de Milei”.

Son fenómenos que llenan la cotidianeidad de un país casi permanentemente convulso, que combate sus desgracias a base de terapias con humor, una esfera donde les sobra talento. En el caso de Ceci y Nahuel, atravesados a veces por traumas y vivencias personales: “Yo me daba cuenta de muchas cosas en casa. Por ejemplo, mi abuela fomentaba mi independencia. Ya noté algo raro cuando murió mi abuelo. Lo quiso a su manera, pero lo cierto es que se deprimió más cuando se le murió el perro. A él no lo extrañó tanto, cuando faltó, ella empezó a disfrutar más de la vida”.

En cuanto a Nahuel, hijo de dos profesores divorciados, no ha sido capaz aún de poder reírse de ciertas cosas. “Mi papá tenía muchas actitudes machistas, explotaba de repente, mi mamá aguantaba, pero cuando ella se enojaba... Mi vieja fue muy rebelde. Se separaron cuando yo era medio grande, todavía no me salen chistes de eso. Estuve peleado con mi papá por aquello, no le hablé un tiempo largo, quedé ahí una herida, ahora me llevo bárbaro, pero lo siento aún medio raro”.

Ambos son conscientes, por ello también, de que los pozos de donde se extraen vivencias para hacer provocar carcajadas también duelen. —EPS



“La gente está como medio apagada, como si las redes, en ese sentido, gobernaran Argentina o el mundo”



“No me apetece ser tan famosa como para no poder ir a un café, esa libertad me gustaría seguir teniéndola”

Juan José Millás

Un gran poema

LAS FOTOGRAFÍAS DOCUMENTAN. Dicen: “Esto ocurrió aquí y entonces”. Fijan, pues, un momento y lo conservan. Pero su relación con el tiempo es simple: pasado que se guarda en un cajón. La de un Messi de 21 años sosteniendo en brazos a un bebé de meses llamado Lamine Yamal es otra cosa: pliega el tiempo sobre sí mismo como se dobla una hoja de papel para que dos puntos alejados coincidan. Lo que nos descoloca de esta imagen no es el desafío estadístico de que dos de los mejores futbolistas de la historia compartan ese instante. Lo que nos descoloca es que el tiempo aparece roto. Messi sostiene en brazos a alguien que en el futuro le ganará un Mundial. Yamal ocupará el espacio simbólico que el argentino está construyendo en el momento mismo en el que acuna a su heredero. Nos conmueve hasta el tuétano la ignorancia de ambos. La del bebé, porque es un bebé. La de Messi, porque nadie puede mirarse en el espejo del futuro. En ese instante, Yamal no es todavía nadie en particular, y Messi no sabe aún que ese nadie le abrazará 20 años después, tras un partido, para darle consuelo.

La fotografía, en fin, no habla del fútbol. Habla de algo que el fútbol, en este caso, ha tenido la extraña gentileza de hacer visible: que el tiempo, más que una línea, es una superposición. Hay una palabra japonesa, *ma*, que designa el espacio significativo entre dos cosas. Esta fotografía es puro *ma*: el intervalo cargado de sentido entre un hombre que ignora lo que abraza y un bebé que ignora quién lo abraza. El fútbol, que no es dado a la lírica, produjo en esta ocasión un gran poema. —EPS

Fotografía de Joan Monfort (AP / LaPresse)







CLIMA. UNA NUEVA CIENCIA, LA UMBROLOGÍA

Con los termómetros marcando cifras no vistas hasta ahora, la sombra cotiza al alza. Su estudio es la respuesta para construir ciudades habitables.

POR USE LAHOZ

CON LA QUE está cayendo, con medio París enganchando en las ventanas papel de aluminio como si fueran persianas y el otro medio utilizando tiza blanca (blanco de Meudon) mezclada con agua para pintar el exterior de los cristales y que la pasta refleje los rayos solares e impida que el calor penetre en las viviendas, está claro que la sombra cotiza al alza. Por suerte, el Departamento de Umbrología, un consorcio formado por varios colectivos, ha redactado una Ordenanza por el Derecho Urbano a la Sombra (Detrumb, un manifiesto todavía en curso) donde se apuesta por desplegar sombras protectoras en los espacios públicos con la premisa de que ellas también construyen ciudad, producen confort y generan nuevas maneras de habitar para muchos seres, humanos y no humanos.

Marc Sureda, socio trabajador de la cooperativa Arquitectura de Contacte, explica: “Tenemos muchas referencias de cómo no hay que hacer las cosas, lo que llamamos urbanismo solar, pro-

yectos basados en suelos no permeables y uso de materiales que favorecen el efecto isla de calor, siempre al servicio del vehículo motorizado y la especulación inmobiliaria”.

Todo empezó con el proyecto A la Sombra del Trencadís, una intervención pionera en la Rambla de Sants en Barcelona, frente a la Escola Cavall Bernat, un espacio que era inhóspito y peligroso para la salud y que hoy se ha convertido en un lugar de encuentro donde se celebran cumpleaños, juegan los niños y la gente puede permanecer durante la tarde y la noche. El proyecto, un sistema de sombreado a partir de una estructura formada por módulos de madera de pino capaces de agregar una gran malla, una solución ligera, descarbonizada y reversible, ganó el concurso Generación de Sombra Efímera en el Espacio Público, convocado por el Ayuntamiento de Barcelona y BIT Habitat.

Tomás Criado, antropólogo del grupo CareNet e implicado en el proyecto, habla de explorar “la ciudad de las sombras”, es decir, la umbrología como ciencia de las sombras aplicada al combate del calor urbano. Raquel Estany, arquitecta de Arquitectura de Contacte, lo argumenta: “Durante demasiado tiempo la arquitectura y el urbanismo han proyectado ciudades como si pudieran emanciparse de las condiciones ecológicas que sostienen la vida, y la crisis climática revela los límites de ese paradigma en un contexto de aumento de temperaturas debido al consumo desmedido de energías fósiles”.

Raquel Estany recuerda que Marrakech o Rabat tienen cubiertos los zocos con estructuras de sombra “protegiendo no solo espacios de estancia y de relación puntual, sino también recorridos diarios”. El de Marrakech data de 1071. Por su parte, Tomás Criado reivindica los proyectos del arquitecto Francis Kéré en Burkina Faso y de la arquitecta Nzinga Mboup en Senegal.

El nombre de Departamento de Umbrología está inspirado en el relato *La disciplina de las sombras*, de Tim Horvath. El manifiesto nace de un proyecto transdisciplinar y dice: “Nunca fuimos solares, nuestra vida en la tierra podría ser leída como una larga historia interespecies sobre cómo los seres vivos han aprendido a protegerse de su radiación”.

Su propuesta supone un cambio de paradigma: dejar de pensar la sombra como el simple negativo de la luz y empezar a entenderla como una auténtica infraestructura de habitabilidad en un contexto de crisis climática. —EPS

La pintura de tiza blanca se ha convertido en un bien preciado en Francia.

DOCUMENTAL MUSICAL. ENTRE LEGADO Y 'MARKETING'

En 2012 *Searching for Sugar Man* reposicionó un formato híbrido que alimenta la memoria colectiva.

POR MARÍA BALLESTEROS

LO QUE PASÓ en 2012 con *Searching for Sugar Man*, el documental dirigido por Malik Bendjelloul que narra la vida y obra del músico Sixto Rodriguez, fue algo más que el triunfo de una buena historia y un Oscar inesperado: supuso la fuerza motriz de un

revival para el género. Más allá de la polaridad y la potencia que albergan conceptos como éxito o fracaso, es en la escala de grises en donde reside el magnetismo de lo que allí se cuenta.

La configuración de este formato —a caballo entre el cine, el periodismo y el *marketing*— sigue gozando de una reconocida buena salud y destaca por su falta de rigidez. Mediante este artefacto cultural se ilustran grandes trayectorias, carreras a mitad de recorrido o historias de nicho. Puede focalizarse sobre un momento de alta creatividad, delicado en términos de salud o relatar de manera estresada y satírica a la industria musical, como es el caso de *The Moment* (2026): el falso documental protagonizado por Charli XCX donde se interpreta a sí misma y hace gala de humor inglés. El primer mandamiento no escrito del documental musical reside en evitar parecer un videoclip

largo. El segundo: aportar contexto y generar legado. “Es importante que en 10 o 15 años este material tenga sentido en la memoria colectiva. Lo que estás generando es archivo para futuras generaciones”, destaca Mireia Gubern, directora de la plataforma de *streaming* CaixaForum+.

El afán de control puede frustrar el resultado, según Toni Querol, director artístico del festival de cine documental In-Edit Barcelona. “En el equipo notamos cuando han querido controlar todo tanto que han dejado un poco sin vida a la película”. Para Marta Miramón, *premium content manager* de Sony Music España, la “vulnerabilidad” y la “conexión real” son esenciales para una buena película. Como ejemplos cita *Cuando nadie me ve* (2026), donde Alejandro Sanz aborda su depresión, y *Soy Céline Dion* (2024), en la que la canadiense habla de su síndrome de persona rígida. —EPS

Nueva temporada

HORA 25

Con José Luis Sastre

Escúchalo a partir
del 31 de agosto
de lunes a viernes
de 20:00 h a 23:30 h.

SER



VISUAL

LA FOTÓGRAFA QUE ESTUVO ALLÍ

Su cámara documentó una revolución cultural que parecía destinada al fracaso y que hoy es objeto de exposiciones y documentales. Roberta Bayley ayudó a definir visualmente eso que llamamos punk.

POR RAFA CERVERA

TAL COMO REZA el popular es-
tribillo de Talking Heads, esto
no es el Mudd, ni el CBGB. En
realidad, esto es La Casella,
una finca naranjera situada a
40 kilómetros de Valencia. Aquí, invi-
tada por su propietario, al cual cono-
ció cuando este regentaba una tien-
da de discos en Nueva York, veranea
Roberta Bayley. Autora de una de las
imágenes más populares de la historia
de la música pop, la de los Ramones
retratados en blanco y negro, perpe-
tuada como portada del primer ál-
bum del cuarteto, de Bayley sí podría
decirse que es el CBGB, el mítico club
neoyorquino que vio dar sus primeros
pasos a Blondie o Talking Heads, o al
menos, una parte fundamental de su
legado. "Hilly [Kristal, propietario de
la sala] me ofreció ocuparme de la ta-
quilla porque él no quería hacer ese
trabajo. El club llevaba abierto poco
tiempo y solamente tocaban grupos
desconocidos, la única condición era



que interpretaran material propio, nada de versiones. Pronto vi que algo especial estaba pasando. Compré una cámara de segunda mano y empecé a fotografiar a las bandas”.

Bayley ya había coqueteado con la fotografía cuando aún vivía en San Francisco, ciudad que abandonó en 1971. Acabó en Londres, trabajando de camarera, y, un par de fines de semana, en la tienda Let It Rock, la que tuvieron Vivienne Westwood y Malcolm McLaren antes de montar Sex. Nueva York fue la siguiente parada. Llegó en abril de 1974 y de lo primero que hizo fue ver un concierto de New York Dolls. Ahí empezó todo. Tuvo un idilio con Richard Hell, otra de las estrellas de aquella escena minúscula “que apenas le importaba a nadie más allá del centro de Manhattan”. Poco después fue responsable de fotografía de la recién fundada revista *Punk*, término que definiría aquella nueva ola musical. “No tenían dinero para pagarme,



En la página anterior, la imagen que ilustró la portada del debut de Ramones, tomada en Nueva York en 1976. Arriba, Debbie Harry (Blondie), en Coney Island en 1977, y Bayley, con su perra Vera en La Casella (Valencia).

todos subsistíamos como podíamos, pero me encantaba lo que hacían”.

Trabajó para Blondie, acompañó a los Sex Pistols durante la gira por EE UU en la que el grupo se desintegró, realizó delirantes fotonovelas para *Punk* e incluso fue contratada para hacer fotos en la segunda boda de Lou Reed. “Con los ochenta y la llegada de la MTV la industria musical cambió. Nunca me interesó la foto de estudio, preferí centrarme en estudiar la carrera de Salud Pública, para luego dedicarme a eso”. En 1996, otra de sus imágenes ilustró *Por favor, máta-me*, libro decisivo para que aquel pasado se convirtiera en leyenda. “Mi primera exposición individual llegó junto al creciente interés por aquellos grupos, algo que jamás imaginé, porque la mayoría de ellos, incluidos Ramones, nunca triunfaron”. Cincuenta años después, las imágenes que Bayley captó son esenciales para comprender aquel fenómeno cultural. —EPS

De niños, cuando el mundo entero estaba por descubrir, la curiosidad era el motor de nuestra vida. Pero con los años dejó de serlo. Es el momento de recuperarla.

LA INTENCIÓN CURIOSA

POR PILAR JERICÓ
ILUSTRACIÓN DE GORKA OLMO

HUBO UN TIEMPO en el que metíamos las manos donde no debíamos. Hacíamos preguntas absurdas para los adultos o abríamos cajones para descubrir secretos escondidos. No porque esperáramos encontrar algo útil, sino porque la exploración era, en sí misma, una forma natural de estar en el mundo. Lo extraño no nos asustaba: nos atraía. Sin embargo, parece que crecer consiste en alejarnos de esa actitud despreocupada.

Nacimos curiosos, pero en algún momento del camino empezamos a cambiar las preguntas por certezas. Aprendimos que equivocarse tenía consecuencias, que era mejor controlar que explorar y que la incertidumbre era algo que había que reducir cuanto antes. Poco a poco, fuimos intentando ordenar la vida como si tuviera una forma de ser correcta: eficiente, previsible y sin margen para la sorpresa. El problema es que la vida nunca funciona así.

Cuando aparece un cambio inesperado, una pérdida o una dificultad, solemos preguntarnos: “¿y si todo sale mal?”. La mente busca protegernos anticipando amenazas, pero existe otra posibilidad: cambiar la pregunta. “¿Qué puedo aprender de esto?”, “¿qué alternativa no estoy viendo todavía?”. Ese pequeño movimiento interior es lo que denomino la intención curiosa: la decisión de acercarnos a lo desconocido no solo desde el miedo,

PSICOLOGÍA

sino también desde la exploración. No es una expectativa, que dependería de los otros, sino algo interno que nos orienta hacia la acción.

La curiosidad es mucho más que acumular información. Es una manera de relacionarnos con aquello que no controlamos. Como explicó en nuestra entrevista Teresa Viejo, periodista y doctoranda en Psicología, autora de *Una niña que todo lo quería saber* (HarperCollins, 2022): “La curiosidad se puede medir. Y cuando la desarrollamos vemos claramente que hay un cambio, primero en conducta y después en mentalidad, o a veces al revés. Pero siempre hay cambio”.

El psicólogo Todd Kashdan lleva años estudiando esa habilidad y ha identificado cinco grandes dimensiones de la curiosidad humana que nos recuerdan algo importante: no existe una única forma de ser curioso.

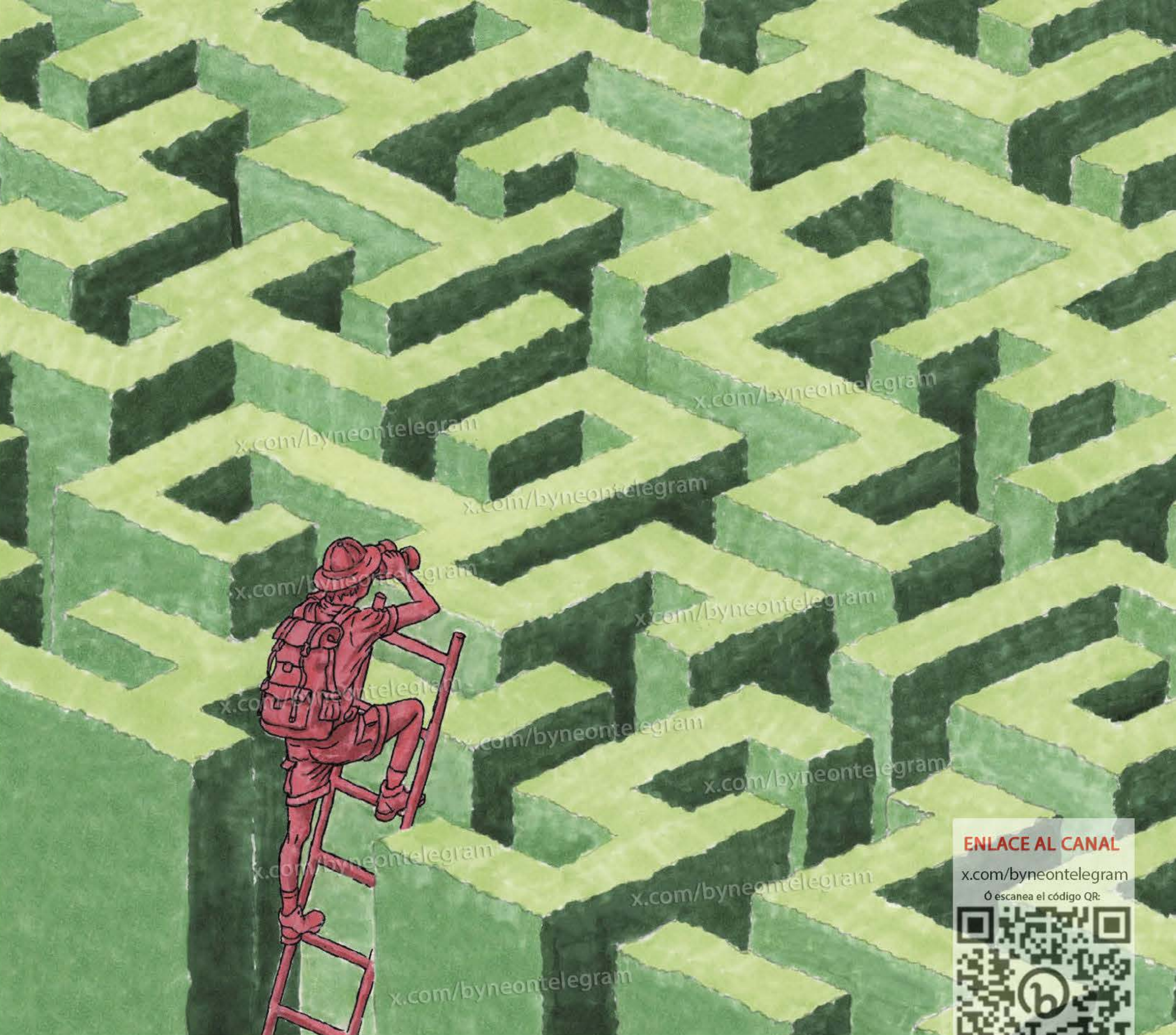
La primera es quizá la que más reconocemos en los niños y la que más olvidamos los adultos: la exploración alegre, aprender por puro placer. Leer sobre algo que no necesitamos, iniciar una conversación inesperada o probar algo nuevo sin exigirle inmediatamente un resultado. Es la curiosidad sin examen.

Existe también una curiosidad menos cómoda: la sensibilidad a la carencia que aparece cuando sentimos que nos falta una pieza del puzzle para comprender mejor algo. Esa sensación puede llevarnos a darle vueltas una y otra vez a un problema. Sin embargo, cuando en lugar de quedarnos enganchados al “no sé” la convertimos en intención —“quiero entender mejor esto”—, se vuelve un motor de búsqueda sumamente motivador para profundizar en aquello que sentimos que nos falta.

Otra dimensión esencial es la tolerancia al estrés: nuestra capacidad para seguir explorando cuando sentimos incomodidad. Porque ser curioso no significa vivir sin miedo, significa poder sostener una pregunta abierta durante más tiempo sin salir corriendo hacia la primera respuesta disponible. Resulta especialmente valiosa ahora, cuando buscamos certezas rápidas para casi todo.

La curiosidad social es el interés genuino por lo que sienten y piensan los demás. Conviene distinguir dos formas: una de amplio espectro, orientada a conocer a muchas personas y entender qué los mueve; y otra más profunda, la curiosidad empática, centrada en comprender de verdad a quien tenemos enfrente.

Y existe una última curiosidad, la búsqueda de nuevas emociones, que nos empuja a cruzar fronteras: iniciar un proyecto, cambiar de rumbo, viajar solos o tomar una decisión que nos incomoda pero que sentimos necesaria.



ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



No es buscar riesgo por buscarlo. Es recordar que crecer implica, muchas veces, abandonar lugares conocidos.

A estas dimensiones, Teresa Viejo añade otra especialmente importante: la curiosidad con presencia. Es la capacidad de mirar lo cotidiano como si no lo conociéramos del todo.

La intención curiosa es una elección sobre cómo queremos relacionarnos con la incertidumbre. No elimina nuestros problemas ni hace desaparecer nuestras dificultades. Pero cambia nuestra posición frente a ellas. —EPS

—
Pilar Jericó es experta en comportamiento humano.

Seis preguntas para despertar la curiosidad

- Exploración alegre: ¿cuándo fue la última vez que aprendiste algo sin buscar ningún resultado?
- Sensibilidad a la carencia: ¿qué pregunta pendiente te gustaría comprender mejor en lugar de evitarla?
- Tolerancia al estrés: ¿puedes permanecer ante la incertidumbre sin correr hacia una respuesta rápida?
- Curiosidad social: ¿qué podrías descubrir de alguien cercano si escucharas sin anticiparte?
- Búsqueda de emociones: ¿qué frontera necesitas atreverte a cruzar?
- Curiosidad y presencia: ¿qué cambiaría hoy si miraras lo cotidiano como si fuera la primera vez?

PERFIL

por Álex Vicente
fotografía de
Gorka Postigo

**CHARLOTTE
GAINSBOURG,
FORMAS DE
VOLVER
A CASA**



La actriz posa
en una calle de
Arlés, donde
presenta la
exposición
fotográfica de la
casa de su padre.



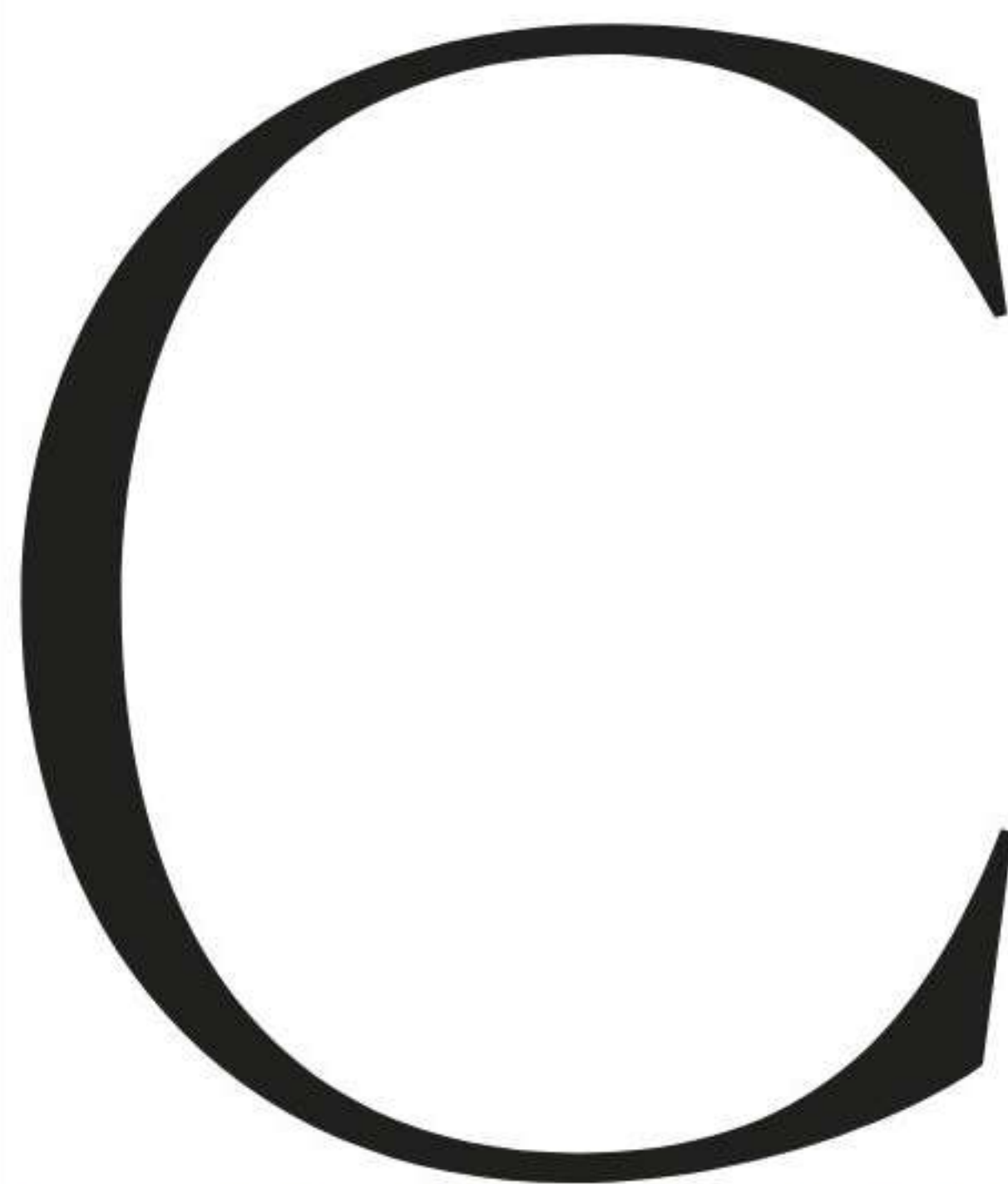


Después de la muerte de Serge Gainsbourg, venerado como un rey en un país republicano, su casa en París se convirtió en un sitio de peregrinaciones de millones de fans. En 2023 a su hija Charlotte, erigida desde hace tiempo en otro icono del cine y la música franceses, heredera de una estirpe de



"Quería no perderme nada, poder recordarlo todo", confiesa Charlotte sobre la exposición.

pensadores a contracorriente, se le ocurrió que podría abrir las puertas de aquella vivienda que recorrió fotografiando todo lo que pudo para fijarlo en la memoria. Hablamos con la musa de la *maison* Saint Laurent en Arlés, donde se confiesa, por esto y todo lo demás, una impostora.



HARLOTTE GAINSBOURG ACARICIA a *Daphné*, su bull terrier, que dormita en el sofá del hotel, rendida por el calor. Afuera, Arlés arde bajo el sol del verano: la luz blanquea las piedras de las arenas romanas mientras reaparece en cada esquina la sombra de Van Gogh, exprimida con admirable eficacia pese a que el pintor solo pasara unos meses por estos lares (y acabara cortándose una oreja). La ciudad francesa acaba de inaugurar una nueva edición de su famoso festival de fotografía, que desde

hace más de medio siglo ocupa iglesias, claustros, antiguos hospitales, talleres ferroviarios y cualquier rincón de pared que la historia haya dejado libre. Gainsbourg presenta allí su último proyecto: una extensa serie de imágenes fantasmales tomadas en la casa parisiense de su padre, Serge Gainsbourg, convertida desde su muerte en lugar de peregrinación para quienes siguen venerando su genio melódico y su ingenio lírico para los dobles sentidos. En su *suite*, el aire acondicionado concede una tregua. *Daphné* duerme mientras su dueña la acaricia sonriendo, hasta que la conversación se ensombrece sin previo aviso.

—Los bull terriers no suelen vivir mucho tiempo. Pero a ella más le vale vivir muchos muchos años...

Se ríe, aunque la frase solo tarda un segundo en dejar de sonar a broma. Gainsbourg lleva años acostumbrándose a perder a los suyos: a su padre en 1991, muerte prematura que dejó una herida nunca del todo cerrada; a su hermana, la fotógrafa Kate Barry, que se suicidó en 2013, y a su madre, Jane Birkin, actriz y cantante como ella, fallecida en 2023. “Siempre he tenido una relación particular con la muerte”, admitirá poco después. Viste una camiseta de tirantes verde oscuro, en la misma gama apagada que sus ojos, pantalones cortos de cuero y unas Nike Air grises que no parecen nuevas. Lleva la cara lavada. Su elegancia desarreglada, ese célebre chic sin esfuerzo que medio mundo intenta reproducir con resultados laboriosos, parece en ella una evidencia. Es algo que se tiene o no se tiene. Ella nació con él.

Gainsbourg habla en voz baja y obliga a acercarse para escucharla. Lleva actuando y cantando desde pequeña, y toda una vida en la plaza pública por ser hija de sus padres, majestades culturales en un país sin realeza, pero conserva el aire de quien ha entrado por error en una fiesta a la que no estaba invitada. Se corrige a menudo. Cuando una frase le parece demasiado categórica, la recoloca en un lugar menos expuesto. Desconfía de

las certezas, sobre todo cuando son propias. Su proyecto se titula *5 Bis*, por el número de la calle de Verneuil donde se encuentra la antigua casa de Serge Gainsbourg, en Saint-Germain-des-Prés. En una de las primeras páginas del libro, que reproduce un texto manuscrito por Charlotte, escribe: “Déjenme abrirles la puerta. Vengan conmigo. En otro tiempo había que llamar al timbre. Después, mi padre instaló una cámara para poder filtrar, porque llamaba muchísima gente, solo para verlo. Porque era él, siempre él, quien abría la puerta”.

En los meses anteriores a la conversión de la casa en museo, Charlotte decidió entrar allí repetidamente. Sola, de día y de noche, cargada con el trípode, los objetivos y una Hasselblad de formato medio, su cámara favorita: cada carrete admite solo 12 tomas, una restricción que obliga a elegir y desalienta la metralleta fotográfica. Dice que parecía una ladrona. “Robo antes de que sea demasiado tarde. Robo antes de que entréis todos”, escribe en el libro. Cuando en 2023 se concretó la apertura de la casa museo, un proyecto al que estuvo a punto de renunciar por la dificultad de hacerlo realidad, comprendió que pronto perdería la libertad de entrar y salir como quisiera. “Quería no perderme nada, poder recordarlo todo”, dice. Fotografiar la casa fue su manera de fijarla en la memoria. En la suya y en la de todos.

La Maison Gainsbourg es una cueva tapizada de negro, como un yacimiento arqueológico de finales del siglo XX. Jane Birkin solía llamarla “Pompeya”. Siguen allí el piano, el órgano, los libros, los discos, los ceniceros llenos de colillas de Gitanes, las botellas vacías, las conservas de la cocina y su mítica colonia Van Cleef

En 2023 se concretó la apertura de la casa museo, un proyecto al que estuvo a punto de renunciar

En la Maison Gainsbourg todo ha quedado intacto: los zapatos gastados, las latas de conserva en los armarios, el botiquín lleno.



& Arpels. Tras su muerte, la vida quedó detenida en su interior. La fachada cubierta de grafitis en homenaje a uno de los mayores músicos de la historia francesa acabó formando parte del paisaje sentimental de París, pero el interior fue propiedad exclusiva de Charlotte durante 32 años. Hasta que, justo antes de la pandemia, encontró el dinero para abrirla al público.

—¿Fotografiarla por última vez fue también una manera de despedirse, de dar por terminado el duelo?

—Sí. Y, sin embargo, todo vuelve. Llevábamos meses pensando en el libro y en la muestra, pero, cuando colgamos las fotografías, regresó la ausencia. Siento un gran orgullo y, al mismo tiempo, es doloroso.

El resultado no es un simple inventario de objetos. “Tuve ganas de expresar algo distinto. Intenté posicionarme. Elegí”. Cada encuadre se fija en un detalle y revela la mirada de quien está detrás de la cámara. Gainsbourg fotografía pilas de periódicos deformadas por los años, paquetes de dulces conservados intactos en el frigorífico, un botiquín lleno de medicamentos y frascos acumulados en los estantes. También zapatos blancos gastados de la marca Repetto, proveedor de bailarinas clásicas, una cerradura despintada, un lavabo bajo la luz amarillenta, una fotografía con su madre enmarcada junto a un disco de oro o el borde deshilachado de una butaca atravesada por un haz de luz que entra por la ventana.

Son objetos domésticos que han adquirido la gravedad de las reliquias. Gainsbourg alterna un blanco y negro que convierte la casa en un mausoleo, con tonos amarillos y marrones que parecen proceder de la escasa luz que entra por las habitaciones. No ordena el desorden ni trata de embellecerlo. Serge está en todas las fotografías, aunque nunca veamos su rostro. Como en el retrato que André Kertész hizo de Mondrian fotografiando solo sus gafas y su pipa, o en *All the Clothes of a Woman*, la semblanza que Hans-Peter Feldmann construyó mediante las prendas del armario de una mujer, los objetos componen una figura sin cuerpo y un semblante sin rostro. “Era lo único que me quedaba. Puesta a elegir, me habría gustado hacerle un retrato, pero solo tenía esto. De hecho, lo fotografié poco antes de que muriera. Son fotografías tristes, porque se ve que está enfermo. Estaba muy debilitado. Parece un anciano, aunque solo tenía 62 años”. En una de las imágenes de *5 Bis*, Charlotte aparece reflejada en el espejo de su padre. Padre e hija, reunidos al fin.

Las fotografías no llevan título: solo las identifica la hora exacta en que fueron tomadas. Gainsbourg siempre ha necesitado esas coordenadas. Llamó 5:55 a su

primer disco como adulta y dice que suele reconstruir una infancia “bastante caótica” a través de fechas, cursos escolares y otros puntos de referencia objetivos, como si los números pudieran imponer un poco de orden sobre lo vivido. La fotografía siempre le gustó. Empezó a fotografiar a los 14 o 15 años, cuando ya trabajaba en el cine. Se compró una Nikon, retrató a sus hermanos e instaló un pequeño laboratorio en casa. Le fascinaba ver aparecer la imagen durante el revelado, aunque asegura que se le daba bastante mal. “Durante mucho tiempo me enfureció no dominar la técnica, encuadrar mal. Cometí muchísimos errores y todavía los cometo”, admite. Espera haber mejorado, pero sigue trabajando despacio y se siente incómoda al usar el color. De ahí su preferencia por las naturalezas muertas. “Me daría mucha vergüenza hacer perder el tiempo a alguien que posara para mí”. Los objetos, por suerte, no se impacientan.

Ahí es cuando surge uno de sus rasgos más distintivos: una extrema severidad consigo misma. Gainsbourg ha hablado a menudo de sí misma como “una actriz falsa” y “una cantante falsa”. La fotografía le ha proporcionado un tercer territorio en el que sentirse intrusa.

—¿De dónde sale ese sentimiento de ilegitimidad?

—Porque yo nunca aprendí. No estudié. Quizá me sentiría más legítima si hubiera ido a una escuela de teatro o de fotografía, si hubiera estudiado historia del arte o aprendido a colocar y analizar la luz. No lo hice, y eso me convierte en *amateur*. La gente piensa que lo digo por modestia, o incluso por falsa modestia, pero no es eso en absoluto. Me siento más cómoda al verme como alguien no profesional.

—Pero es implacable consigo misma. Ha llegado a decir que es mala actriz.

—Es que puedo serlo en ciertas escenas. En realidad, yo no controlo nada. Pero creo que el oficio también consiste en eso: en no dominar por completo lo que haces. Mi padre valoraba que una cantante no controlara su voz. Por eso hacía cantar a actrices. Le gustaban los accidentes, una voz que se quebrase, algo que no estuviera bajo control. En la interpretación también hay que saber abandonarse.

—Ese sentimiento de falsedad recuerda a una de sus canciones, un durísimo autorretrato titulado ‘I’m a Lie’. ¿De verdad se siente una impostora?

—Sí. Muchos actores y actrices conocen esa sensación. Lo que la gente no entiende es que yo me siento bastante cómoda con esa idea. Quizá me resulte conveniente, porque te da una excusa para fracasar, para no ser perfecta. Aunque a mí la perfección nunca me ha parecido demasiado interesante.

La fotografía, el cine y la música han terminado por convertirse en formas de comunicación con los muertos. Primero llegó un libro de imágenes dedicado a su hermana Kate, concebido para acompañar *Rest*, quizá su disco más logrado. Después rodó *Jane por Charlotte*, magnífico documental sobre su madre: una conversación atravesada por el amor, el pudor, los reproches y las diferencias, y por ese intento, condenado de antemano, de comprender a la persona que nos engendró. En una de las escenas más duras, Birkin le dice: “Siempre hubo algo extraño entre nosotras”. Charlotte lo vivió con dolor, aunque la película le permitió comprender aquella distancia. “Probablemente estábamos más cómodas en nuestra relación profesional que en la familiar”, admite.

—¿El arte le permite seguir en contacto con quienes ya no están?

—Sí. Todos estos proyectos permiten que sigan existiendo, que podamos continuar hablando de ellos. Durante mucho tiempo fui un poco malsana, estuve muy orientada hacia la muerte, hasta que tuve hijos. No tenía ganas de salir de ahí. Hoy es diferente, pero sigo encontrando placer en el recuerdo. Va unido a la nostalgia.

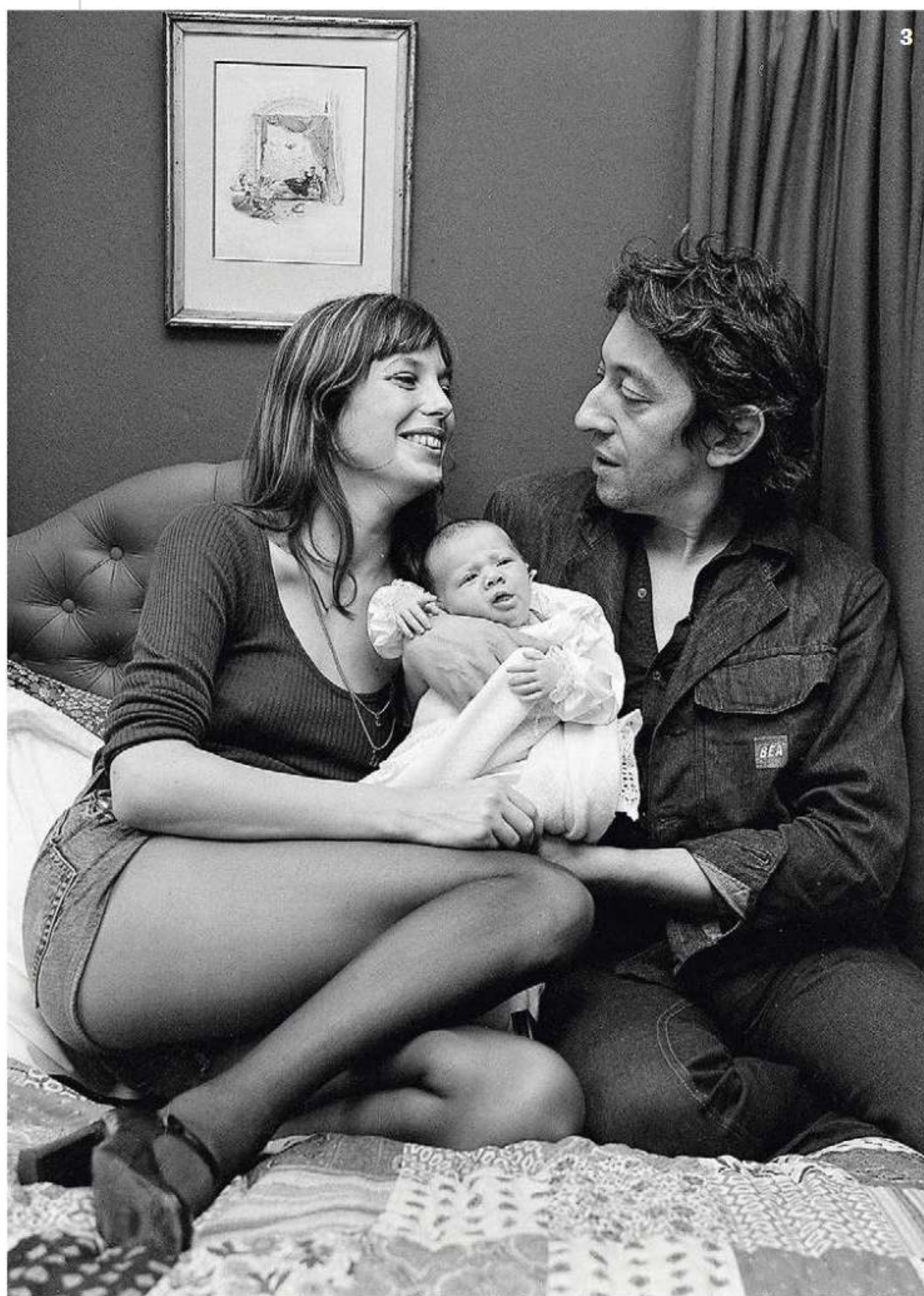
—¿Se siente más sola después de las pérdidas de los últimos años?

—Me siento excesivamente sola. Desde que mi madre ya no está, todavía más...

Se interrumpe unos segundos, vencida por la emoción. Le proponemos cambiar de tema, pero prefiere seguir.

—Hay una idea, en una tradición del antiguo Egipto que no recuerdo con exactitud, según la cual hay que pronunciar el nombre de los muertos para que encuentren su lugar antes de pasar a otro mundo. Con mis padres es fácil: todo el mundo pronuncia sus nombres. Con mi hermana es distinto. El nombre de Kate se dice menos. Yo procuro pronunciarlo a menudo.

Otra dimensión importante es la moda. Saint Laurent y su diseñador, Anthony Vaccarello, han terminado por ocupar un lugar central en su trabajo, mucho más allá de los desfiles y las campañas. La casa produjo *Lux Aeterna*, la película de Gaspar Noé que protagonizó Gainsbourg, y un corto de Jim Jarmusch. Saint Laurent también financió la reapertura de la Maison Gainsbourg y ahora respalda *5 Bis*, cuyo libro ha sido concebido por Vaccarello y editado por Saint Laurent. Entre medias apareció ‘Blurry Moon’, su última canción, con videoclip dirigido por Vaccarello. “Gracias a Anthony puedo entrar en muchos terrenos distintos. Yo no sé gran cosa



1. Charlotte Gainsbourg, en la película *Anticristo* (2009) junto a Willem Dafoe. **2.** La actriz, en *Charlotte y Lulu* (1985) con Julie Glenn. **3.** Charlotte recién nacida con sus padres. **4.** La intérprete, en *Nymphomaniac* (2013), de Lars von Trier. **5.** En un set televisivo junto a su padre, Serge Gainsbourg.

“No estudié. Quizá me sentiría más legítima si hubiera ido a una escuela de teatro o de fotografía”



Toda la ropa es de
Saint Laurent por
Anthony Vaccarello.

Maquillaje: Satoko
Watanabe @Streeters.
Peinado: Yuji Okuda.

de moda. Compró ropa más urbana en otros sitios —ya ve que voy bastante informal—, pero me gusta ser fiel y no llamar a todas las puertas”, afirma. “Cada vez que llega con una idea es algo nuevo para mí. En todos los proyectos hay frescura y curiosidad”.

Le gustaría volver a dirigir, aunque todavía no sabe qué. “Un documental sería más sencillo porque tendría un marco definido”, dice. En *Jane por Charlotte*, el tema se imponía: su madre era “lo más valioso” que tenía y ella podía hablar de aquella relación “con la legitimidad de ser su hija”. Ahora no encuentra otro tema igual. La ficción la desorienta todavía más: no sabe escribir un guion ni de qué podría hablar para evitar que su relato “carezca por completo de sentido”. La confianza en sí misma permanece intacta.

Su siguiente papel será el de Gisèle Halimi en *L’Affaire Marie-Claire*, que presentó en el último Festival de Cannes. La abogada y militante feminista defendió en 1972 a Marie-Claire Chevalier, una adolescente de 16 años procesada por abortar después de una violación, y convirtió ese juicio en un ataque decisivo contra la ley que criminalizaba el aborto en Francia.

—¿El feminismo de Halimi coincide con el suyo?

—De joven no me hice muchas preguntas porque crecí en una familia de mujeres muy fuertes. Mi abuela paterna era muy dominante. Mi abuelo murió cuando yo nací, así que conocí más bien un matriarcado. Mi padre ocupaba, evidentemente, un lugar muy importante en mi mundo, pero mi madre era muy feminista. En casa era casi como si no tuviéramos que luchar para poder hacer lo que quisiéramos.

Jane Birkin podía ocupar ante el público el papel de musa sumisa, pero tenía una opinión distinta sobre el reparto de fuerzas dentro de la pareja. “El débil era Gainsbourg”, confesó una vez. Su hija coincide: creció entre mujeres que no pedían permiso, aunque el mundo las considerara objetos sometidos a un genio. “En realidad, mi padre siempre veneró a las mujeres. Nunca sentí el feminismo como un combate personal, pero hoy me parece muy importante que exista. Ha cambiado muchísimas cosas en los últimos años. Simplemente, el papel de abanderada no va conmigo”.

Esa reserva no le impidió firmar, junto a otras personalidades, una tribuna que pedía condicionar el re-

conocimiento de un Estado palestino a la liberación de los rehenes israelíes y al desmantelamiento de Hamás. Entre los firmantes figuraba también Yvan Attal, su pareja y padre de sus tres hijos, Ben, Alice y Jo. La petición provocó una polémica. Sucedió justo cuando Gainsbourg rodaba la película sobre Gisèle Halimi, defensora histórica de la causa palestina. Serge Halimi, hijo de la abogada, lamentó la elección y afirmó que su madre habría recibido aquella tribuna “con repugnancia”, mientras la familia pedía que la película dejara patente que la abogada, ya fallecida, nunca compartió la opinión de la actriz.

—¿Lamenta haber firmado aquella carta?

—No, no me arrepiento de nada. De nada. La gente se ensañó y yo dejé pasar la tormenta. No tengo nada más que decir al respecto.

—¿Cómo vive el clima político actual, con el avance de las derechas radicales en distintos países?

—Creo que estamos retrocediendo y eso da mucho miedo. Pero estoy mal situada para hablar de política, así que prefiero no expresarme más sobre el tema.

—Más allá de la política, ¿le angustia la época: la crisis climática, la sensación de una catástrofe inminente, la impresión de que estamos perdiendo la fe en el futuro?

—Es un mal momento para nuestros hijos. Me da pena por ellos. Mi generación, de algún modo, pasó entre las guerras. Claro que tuvimos nuestras luchas. Por ejemplo, estuvo el sida, que fue un enorme peso. Pero también vivimos una especie de pausa. Me encantaría que surgiera una voz de la juventud capaz de expresarse con sabiduría.

—¿Y qué espera de su propio futuro?

—Trabajar. Soy feliz cuando trabajo. Mi familia es lo más importante, pero no estoy bien si no trabajo. Ya lo he entendido: necesito hacerlo tanto como pueda. No sé disfrutar del tiempo libre ni qué hacer conmigo misma. Las vacaciones me producen más pánico que otra cosa. Me había cogido unos días de descanso, pero me sentó bien que me pidieran venir a hacer esta entrevista. En el fondo, mientras estoy ocupada, todo va bien.

En la última página manuscrita del libro, su voz devuelve al visitante a la calle: “Nos vamos. Bajen de nuevo la escalera. Vuelvan a pasar por el pasillo que bordea el salón. Los tengo que dejar. Hasta la vista”. Charlotte ha salido de la casa, aunque sabe que hay lugares de los que nadie consigue marcharse del todo. —EPS

“De joven no me hice muchas preguntas porque crecí en una familia de mujeres muy fuertes”

por Javier Rodríguez Marcos
fotografía de Jacobo Medrano

Garik Israelian

“El terraplanismo es un problema que debe tratar la psicología, no la astronomía”

Quería ser rockero pero terminó doctorándose en Astrofísica en la Armenia que asistía al hundimiento de la URSS. Aunque trabaja en los observatorios de Tenerife y La Palma, viajará a Teruel para ver el eclipse solar. En Canarias fundó junto con Brian May, guitarrista de Queen, el festival Starmus, una cita única que mezcla ciencia y música por la que han pasado figuras como Neil Armstrong, Alexei Leonov, Jane Goodall o Brian Eno.



CON LA CUMBRE del Teide sobre la cabeza y un mar de nubes a sus pies, Garik Israelian (Ereván, Armenia, 63 años) se mueve por las instalaciones tinerfeñas del Instituto de Astrofísica de Canarias, a 2.930 metros de altitud, mientras el sol va cayendo sobre la vecina isla de La Palma y los telescopios empiezan a moverse. Tras doctorarse en Astrofísica con los rigores de la Universidad soviética, vivió en Utrecht, Bruselas y Sídney antes de instalarse en Tenerife en 1997. En 2010 compartió con Michel Mayor (futuro Nobel de Física) y Nuno Santos el prestigioso premio Viktor Ambartsumian por su contribución al conocimiento de la formación de los sistemas planetarios. Él invirtió parte de la dotación económica en organizar Starmus, un festival de ciencia y música que un año más tarde reunió en Canarias a los estadounidenses Neil Armstrong y Buzz Aldrin (los dos primeros humanos en pisar la Luna) con el ruso Alexei Leonov, protagonista del primer paseo espacial de la historia.

El próximo octubre el festival celebra en Tenerife y La Palma los 10 años de la creación de la Medalla Stephen Hawking para la divulgación científica. Hawking, que apenas salía ya de Cambridge, participó dos veces en una cita que acostumbra a reunir astronautas con premios Nobel, músicos con cineastas y por la que, en ocho ediciones celebradas por toda Europa, han pasado figuras como Jane Goodall, Kathryn Thornton, Donna Strickland, Kip Thorne, Larry King, Hans Zimmer, Brian Eno y, por supuesto, el cofundador del evento: Brian May. Fue Garik Israelian el que animó al guitarrista de Queen, que en 1971 ya había pasado por el observatorio del Teide, a terminar la tesis sobre luz zodiacal que había aparcado para dedicarse a la música. Canarias queda fuera de la franja de totalidad del eclipse del próximo 12 de agosto. Por eso Israelian lo verá desde el observatorio de Javalambre, en Teruel.

¿Por qué nos siguen fascinando los eclipses?

En parte, por la historia. Porque muchas veces se usaron como elemento mágico, para dar miedo, para relacionarlos con Dios. Sigue siendo un fenómeno sensacional. Ver las estrellas de día es algo único.

¿Cuál es el más impresionante que ha visto usted?

No he visto tantos. Pero en mi caso la pregunta no sería cuál sino desde dónde: desde un avión. La altura da otra

perspectiva. Y es impresionante ver la Luna cubriendo el Sol y, abajo, la franja de totalidad en sombra y, a los lados, las partes de la Tierra a las que sigue llegando la luz.

¿Qué espera la ciencia de un eclipse ahora que existen telescopios que pueden generar eclipses artificiales?

Los eclipses son clave para estudiar la corona solar: durante mucho tiempo se dudó si era parte del Sol o un efecto óptico. Se sabe desde hace relativamente poco, desde que se inventó la fotografía. La temperatura de la corona está en torno al millón de grados centígrados, mientras que la superficie del Sol ronda los 6.000 grados. Su densidad es tan baja que no consigues verla más que en un eclipse. Conocer el comportamiento del Sol es esencial para la vida en la Tierra.

La astronomía es una de las ciencias que más interesan popularmente y una de las más desarrolladas incluso en civilizaciones poco avanzadas tecnológicamente. ¿A qué lo atribuye?

A que el cielo es un gran laboratorio gratuito. Y una fuente de curiosidad. La astronomía es pura observación. Imaginemos dos civilizaciones: una ve el cielo y la otra no. En una siempre está nublado; hay calor y cambio entre día y noche, pero no se ven las estrellas ni el Sol ni la Luna. Estoy convencido de que se desarrollaría menos que la civilización que ve el cielo. El motor del desarrollo es la curiosidad: si hay un mar, quieres pasarlo y ver qué hay al otro lado. El cielo era históricamente el único sitio que los humanos no podían tocar. Eso afecta al desarrollo científico, pero también a la creatividad: cuando no tienes explicaciones, fantaseas, creas dioses, demonios, la eternidad...

Hay quien sigue diciendo que la Tierra es plana. ¿Qué piensa cuando en el siglo XXI se defiende algo así?

El terraplanismo es un problema que debe tratar la psicología, no la astronomía. Y es indisoluble de internet.

“Los eclipses son clave para estudiar la corona solar. Y conocer el comportamiento del Sol es esencial para la vida en la Tierra”



Garik Israelian, en el Laboratorio Solar del Instituto de Astrofísica de Canarias, en Tenerife.

res para hacer efectos y siguiendo los esquemas de una revista de radioaficionados. Los vinilos se conseguían carísimos en el mercado negro, cada uno costaba el equivalente a un salario. Si tenías tres, los intercambiabas con alguien que tenía otros tres. Todos nos conocíamos.

¿Cuándo dio el salto a la ciencia?

Por las novelas de Isaac Asimov y de Stanisław Lem. El cerebro estudia mejor cuando piensa. Y a mí la ciencia ficción me llevó a pensar el porqué de los fenómenos. Cuando algo te interesa, tú mismo empiezas a buscar respuestas. No esperas ni a tu profesor ni a tus padres, a nadie. Yo me puse a leer libros de física popular, que eran buenos y muy baratos. Si te obligan a estudiar sin despertarte antes el interés, te hacen odiar los estudios. La eficiencia de aprender algo sin interés es momentánea. ¿De verdad queremos estudiantes a los que después del examen se les olvide todo?

La caída de la URSS le pilló haciendo la tesis doctoral.

La empecé en 1987 y, cuando la presenté, la Unión Soviética se caía a pe-

dazos. Hice la tesis con una máquina de escribir y a la luz de las velas porque en Armenia la crisis se juntó con el terremoto de 1988.

¿Cómo recuerda la Universidad soviética?

El nivel científico era muy alto. Y si alguien quería estudiar, tenía buenos profesores, un montón de libros, becas, posibilidades para todos. Pero se acabó. Yo había ido como estudiante de doctorado a Inglaterra y me había comprado un teclado Yamaha. Lo vendí llorando, para comer. Me puse a buscar becas y gané una para Holanda.

¿Cuando desapareció la URSS usted sintió pena o liberación?

Los jóvenes en Armenia ya no nos tomábamos en serio el régimen. Contábamos chistes sobre los comunistas, sobre Brézhnev... Ya no te perseguían como en los tiempos de Stalin, durísimos. Había muchísima corrupción.

Las redes se basan en la demanda de atención y en la búsqueda de protagonismo. Y una manera de ser protagonista es contradecir algo demostrado por la ciencia y aceptado por la mayoría. Si hoy dices una locura, la que sea, vas a encontrar en el mundo al menos un millón de personas de acuerdo contigo. Y un millón es mucha gente. Por eso la investigación científica debe ir acompañada de buena divulgación.

Usted llegó a la ciencia por la ciencia ficción. Era mal estudiante, pero terminó doctorándose en Astrofísica.

La ciencia ficción es literatura, despierta la curiosidad. No es pseudociencia. No pretende ser ciencia. A mí no me interesaba estudiar. Me interesaba el rock. Teníamos un grupo en la universidad. Se llamaba 4G porque los nombres de todos empezaban con G. La primera guitarra eléctrica me la fabriqué adaptando piezas, transisto-

La gente robaba en las fábricas, el partido comunista robaba...

¿Cómo se lo tomó la generación de sus padres?

Para ellos fue un drama. Mi padre participó en la Segunda Guerra Mundial, combatió a los nazis en Alemania. Mis padres creían de buena fe en el comunismo. Por eso fue terrible asistir a tanta corrupción. Era una generación muy noble: tenían ideología, trabajaban para la sociedad, querían construir un país justo. Nunca fueron cínicos. Vivían engañados por el sistema. No llegaron a ver lo que vino después: un Gobierno en Moscú que trajo otro tipo de corrupción.

¿La independencia de Armenia no fue un consuelo?

La independencia política no trae automáticamente la independencia económica. Diría que sigue la influencia del imperio moscovita.

¿Todavía hoy?

El imperio sobrevivió a la caída de la Unión Soviética. Cuesta mucho independizarse de Putin, que es alguien muy peligroso. Pensemos en su influencia en Georgia, no digamos en Bielorrusia. El imperio ruso lleva 200 años cambiando de cara y una de ellas fue el comunismo. Antes todo estaba en manos del Gobierno; ahora, en las de cuatro oligarcas amigos de Putin.

¿Nunca le tentó ser cosmonauta?

Claro, pero entonces había que estar en el ejército. Lo primero era ser piloto militar.

¿Se hubiera llegado tan lejos y tan rápido en la carrera espacial sin la Guerra Fría?

Por desgracia, no. La primera carrera espacial estaba muy conectada con la política. Ahora entramos en la segunda fase y me pregunto si nuestras sociedades son incapaces de desarrollar algo sin recurrir a la competencia. Ahora, con China.

¿Cuál es el papel de China?

Tienen una gran capacidad, pero también una burocracia y un control político enormes. Y eso va contra la productividad. Creo que en China también veremos un giro hacia el sector privado. Lo que la hará mucho más fuerte todavía.

¿El sector privado libra su propia carrera espacial?

Antes no tenía fuerza. Ahora es más fuerte que el sector público.

¿Qué se pierde y qué se gana?

Lo público garantiza investigaciones sin beneficio a corto plazo. A las empresas privadas no les interesa investi-

gar sobre los agujeros negros, sino, por ejemplo, buscar minas en asteroides.

¿Por qué tienen tanto protagonismo?

El relato original de Elon Musk era puro *marketing*: primero con Tesla y luego con SpaceX. Decía: "Tenemos que llegar a Marte para salvar a la humanidad si pasa algo". Con un mensaje tan sencillo ganó millones de adeptos. Musk se dio cuenta de que la gente, sobre todo la juventud, necesita que alguien le hable del futuro.

¿Qué le parece el turismo espacial? ¿No sería más útil mandar a un científico que a un millonario?

Por supuesto. Pero la sociedad no está en eso. ¿Cómo planteas algo así a quienes han elegido a Trump? Tal vez en un país nórdico, con una educación de mucho nivel...

¿Es más útil intentar ir a Marte o volver a la Luna?

Da igual. Lo importante es que la pregunta esté siempre en la sociedad. Porque el debate crea la fuerza de querer avanzar.

¿Le sorprendió la atención que recibió la misión Artemis II?

A eso me refiero. Fue gracias en buena parte a las redes sociales. Y, no lo olvidemos, a pesar de Trump, que odia la ciencia. Hasta él terminó plegándose al fenómeno.

Como científico, ¿qué le interesó de esa misión?

Que la tecnología ha reducido radicalmente el nivel de riesgo. El viaje se podía haber hecho hace 50 años, pero con un riesgo 10 veces mayor. Eso marca la diferencia entre las misiones Apollo y Artemis. Hoy la tecnología nos permite sobrevivir en condiciones muy difíciles. Estamos invirtiendo para crear oxígeno en Marte, pero el reto lo vamos a tener aquí. Da igual llegar a Marte o no, pero si desarrollamos tecnologías que lo hagan posible, la usaremos en la Tierra.

La astronauta Kathryn Thornton, que vino al festival Starmus, avisó de que 70 años de avances estaban en peligro por los recortes a la NASA.

“Da igual volver a la Luna o llegar a Marte, pero si desarrollamos tecnologías que lo hagan posible las usaremos aquí”



Israelian (primero por la derecha) con los miembros de su banda de rock, 4G, en 1980 en Ereván (Armenia).

Así es. Pero mi optimismo me lleva a recordar que en la historia de la humanidad los avances no han llegado desde la política, sino, muchas veces, contra ella, desde la ciencia y la tecnología. ¿Por qué vivimos más y mejor pese a nuestra historia de guerra y destrucción? Por la medicina. La siguiente revolución es la inteligencia artificial.

¿También es optimista respecto a la IA?

Será más una ayuda que un problema. Aumentará la eficiencia. Producirá algo de desempleo, sí, pero el balance será positivo. Dudo que una empresa lo domine todo porque otros querrán estar ahí. Es un mercado. A los gobiernos democráticos les corresponde regularlo. ¿Internet no ha mejorado nuestra vida? Yo creo que sí. Y durante mucho tiempo se dijo que su extensión era peligrosa. La IA puede ayudar a combatir la corrupción: si tienes un *software* que controle a gran velocidad los flujos del dinero, la corrupción será más difícil.

¿Es una posibilidad real que existan planetas gemelos a la Tierra?

Perfectamente. La tecnología para encontrarlos ya existe. Con el telescopio de 40 metros de Chile ya estamos detectando planetas con la misma masa que la Tierra. Decimos gemelos en el sentido de tener océanos y una atmósfera con la misma composición que la nuestra.

¿Cómo los han descubierto?

Gracias a la espectroscopia, que estudia la relación entre la composición material de un planeta y la luz que emite, y refleja esa materia de la que está compuesto. Si yo observo la Tierra desde la Luna con un espectrógrafo, la luz que refleja el bosque de clorofila se registra en el espectro. Cuando gira la Tierra, desaparece la Amazonia y solo se ve el Pacífico, ya no se registra. Cuando rota de nuevo y reaparece la selva, también reaparece su espectro. Si veo el mismo fenómeno en otro planeta,

puedo deducir que hay plantas. Aunque eso no quiere decir que esté cerca.

Si no está cerca, ¿para qué nos sirve? ¿No estará además en otro tiempo?

Puede que no podamos viajar allí o que al llegar haya pasado tanto tiempo —no sé, 1.000 años— que encontremos ya otra cosa. Aunque 1.000 años no es nada en la evolución de un planeta.

¿Qué es lo que le sigue pareciendo más desconcertante del universo?

El final. Me interesa más que el principio. Son tiempos impensables, pero me interesa saber qué va a pasar cuando en el universo visible terminemos en agujeros masivos supergigantes que van a colisionar, cuando no haya medio interestelar y todo sea vacío y oscuridad.

Aparte de una cura para enfermedades hoy incurables, ¿qué descubrimiento le gustaría vivir para ver?

Me gustaría saber si vamos a llegar a copiar la conciencia humana en un ordenador. No copiar toda nuestra memoria, sino todo lo que hay en un sistema bioquímico como el cerebro. Si podemos hacerlo será como crear una copia de ti mismo.

¿No le da miedo?

¡No! Me da curiosidad. Sería la siguiente fase de la evolución. Si puedes conectar la fuerza de muchos cerebros para llegar a otro nivel de inteligencia, la pregunta sería hasta qué nivel. La evolución nos enseña que el cerebro humano tiene todavía capacidad de desarrollo. Seguro que hay un límite que tiene que ver con la capacidad del propio cerebro, pero podríamos superarlo si conseguimos copiarlo y seguir desarrollando. No me da miedo. Las emociones interfieren en el análisis.

¿Y la ética?

Primero definamos qué es la ética. Lo que me gusta de la física es que no puedes hablar de algo sin definirlo primero. Ahí es donde fallan las ciencias sociales, que no siempre tienen buenas definiciones. Creemos debatir un asunto y en el fondo estamos hablando de dos cosas distintas. En política, por ejemplo, podemos hasta pelearnos por cuestiones nacionalistas, pero el término nación no está bien definido. Eso no pasa en ciencia. Si los dos hablamos de electrones, sabemos de qué hablamos. Como me dedico a esto, a mi hijo muchas veces le preguntan si creo que Dios existe. Y yo le digo que me manden la definición de Dios. Mientras, yo iré pensando qué significa creer. —EPS



FOTOENSAYO

Playas de interior: el centro del mundo



por Marcos
Avilés

Bañistas, en el azud de Antella,
en el pueblo valenciano
del mismo nombre, en
el verano de 2019.

Lejos de la playa, el deseo de agua en verano se resuelve en ríos, pozas, embalses y lagos. Transmitidos entre generaciones, con sus reglas no escritas, se convierten en espacios íntimos que el fotógrafo Marcos Avilés decidió convertir en protagonistas de uno de sus últimos proyectos. “Bañarse allí es una forma de estar en casa”, explica.





1



2

1. El río Meruelo, a su paso por Molinaseca, en León (2019). **2.** Los pilones de la garganta de los Infiernos, en el Valle del Jerte, son una de las joyas naturales de Extremadura (2019). **3.** Gorgo de la Escalera, en el municipio de Anna (Valencia) en 2018.



3



1. Zona de baño en el río del Arenal, cerca de Arenas de San Pedro (Ávila), en 2023. **2.** El puente de Cuartos, en la localidad cacereña de Losar de la Vera (2018). **3.** Dos bañistas disfrutan del río Tormes, en 2019. Al fondo se puede ver el pequeño pueblo salmantino de Puente del Congosto. **4.** La Charca de la Nieta es una piscina natural creada por las aguas de la garganta Nuño Cojo, en Piedralaves (Ávila). Esta imagen fue tomada en 2017.



VIVO EN MADRID, lejos de cualquier costa. Como tantos habitantes del interior, crecí sabiendo que el mar era un destino, algo que exigía planificación y kilómetros. Pero el deseo de agua no entiende de distancias y en verano ese deseo se resuelve de otra manera: en ríos, pozas, embalses y lagos, esos lugares de baño que casi nunca aparecen en las guías. Empecé creyendo que era un fenómeno de pueblos remotos, condenados por la geografía a inventarse su propio mar. Me equivocaba. Muchas veces la playa no está tan lejos y, aun así, la gente prefiere quedarse. Elige la poza de siempre, el recodo del río donde se bañaban sus padres, la orilla del embalse donde se reúnen los vecinos. Son lugares más cercanos, pero no en el sentido geográfico: más cercanos emocionalmente, más íntimos. Bañarse allí es una forma de estar en casa.

Siempre me interesó el encuentro entre el paisaje y las personas. No buscaba retratos ni tampoco paisajes vacíos, sino esa combinación en la que el entorno da contexto a la gente y la gente da escala y vida al entorno. En estos escenarios, la naturaleza no es un decorado: es el espacio compartido donde suceden las cosas. Un río puede funcionar como una plaza de pueblo, con su ir y venir de bañistas, sus corrillos, sus niños saltando desde las rocas. Quise que las imágenes recogieran esa vida social en medio de la naturaleza.

Fotografiaba en verano, cuando el agua se llena de vida. El resto del año lo dedicaba a buscar: mapas, referencias, conversaciones, intuiciones. Aun así, algunos de los mejores lugares llegaron por casualidad, descubiertos de camino a otro sitio, al ver coches aparcados junto a un puente o siguiendo la ribera de un río.

Sin proponérmelo, estaba registrando una tradición popular, una forma antigua de relacionarse con el agua y con los demás que se transmite casi sin palabras, de padres a hijos, cada verano en el mismo recodo del río. Cada lugar tiene sus reglas no escritas: la roca desde la que saltar, el rincón de sombra reservado de siempre. Son costumbres frágiles, que no protege nadie y que solo sobreviven mientras alguien siga bajando a bañarse.

El agua nos convoca a todos por igual, tengamos mar o no. Basta un poco de sombra, una orilla y la promesa del frescor para que un lugar cualquiera se convierta, durante unos meses, en el centro del mundo de quienes lo frecuentan. Fotografiarlo fue mi manera de acercarme a esa comunicación íntima, la misma que el agua nos ofrece desde siempre. —EPS

A P O

PERFIL

Aquella movida barcelonesa

por Fernando Navarro
fotografía de Anna Huix

Los integrantes de
Dorian pasean por
delante de la Sala
Apolo, epicentro
de la escena que
los vio nacer.





← ⚣ 🚗 Taxi 50m

Entre la resaca posolímpica y la invasión del turismo masivo, Barcelona vivió alrededor del cambio de siglo la efervescencia de una movida cosmopolita y *underground* cuyo epicentro se hallaba en la Sala Apolo y los bares del Raval. De ahí surgió Dorian, el grupo que trajo la electrónica al *indie* español. Paseamos lo que queda de aquella ciudad junto a ellos.

POR LOS PASILLOS de una Sala Apolo vacía palpitan las mil y una noches de fiestas sin compasión mientras Marc Gili y Belly Hernández se ayudan mutuamente a prepararse en un camerino que, después de tantos conciertos de Dorian en tan emblemático local barcelonés, se conocen de memoria. Con cuidado mientras comentan asuntos cotidianos, los dos miembros de Dorian, como ajenos a su propia historia, se retocan para una sesión de fotos dentro de una sala que a finales de los años noventa vio nacer al grupo con el que elevaron al *indie* nacional a un lugar privilegiado de reconocimiento y exposición masiva. “Para todos los que veníamos aquí, la música era lo más importante”, asegura Marc Gili, cantante y compositor. “¡Madre mía! ¡Si es que nos podíamos pasar de fiesta en esta sala viernes, sábado y domingo!”, exclama Belly Hernández, teclista. A lo que añade Gili: “Se vivía el momento y había una militancia real y un compromiso con el *underground*, sin postureo. De las muchísimas noches que pasamos bajo estos techos, destacaría el ambiente de libertad vital y creativa”.

La libertad vital y creativa han sido dos motores por los que el grupo surgió y creció en la Barcelona posolímpica, hasta llegar a nuestros días convertida en buena parte en un inmenso escenario de consumo internacional. Un camino que ha sucedido en paralelo con la propia historia de Dorian, una banda con 25 años de carrera que, en palabras de su creador, Marc Gili, “nació con la idea de mezclar a la Movida madrileña con el club y la escena electrónica”. Lo consiguió. Tal y como se cuenta en la biografía del grupo, *A cualquier otra parte* (editado por Plaza & Janés y cuyo prólogo ha escrito el autor de este artículo), los barceloneses ensancharon los límites de la escena independiente española hasta abrir paso a nuevas posibilidades. “Han sabido aunar lo mejor de la tradición de los años ochenta y noventa y hacerla avanzar hacia lo mejor de la música del siglo XXI”, explica el periodista Alex Serrano, autor de *A cualquier otra parte*. “Y eso nunca fue fácil, menos aún en la industria musical española de entonces. Su gran mérito ha sido ser un grupo que ha mantenido su identidad sin renunciar nunca a saber in-

corporar lo que está pasando en la música española en cada momento”, añade.

Hoy es un día de junio de 2026 y el sol en Barcelona brilla con su habitual alegría mediterránea. Las hordas de turistas se pasean como pueden entre las obras de las Ramblas. “La ciudad entera está levantada”, asegura Gili al llegar a la cita con este periódico a media mañana. Basta echar un vistazo al paisaje para comprobarlo. Durante toda la jornada, los suelos picados, los escombros y las calles valladas serán una constante en el recorrido por la Barcelona de Dorian, “aquella ciudad de posibilidades infinitas” que actualmente resiste a la gentrificación, el turbocapitalismo y la falta de memoria. Junto a Marc y Belly, están el bajista Bart Sanz y el guitarrista y teclista Lisandro Montes. “Yo creo que seguimos mirando a toda esta parte de la ciudad con romanticismo”, reconoce Gili.

No es difícil hacerlo cuando la primera parada es en Revólver, la mítica tienda de discos de la calle Tallers. Cuando se observa a los cuatro de Dorian revisando estanterías y comentando discos, es fácil ver a aquellos jóvenes que, inspirados por The Cure, The Who o Small Faces, crearon un grupo. Todo empezó con la confluencia de dos personalidades inquietas como Marc y Bart. El primero ya componía sus propias canciones a los 15 años y decidió que quería ser parte de una banda “a toda costa”. El segundo, algo mayor, estaba cansado de probar cantantes para su grupo Psicomafia, pero aún tuvo tiempo de poner un anuncio en el *Segunda Mano*: “Se busca cantante”. La aparición de Marc lo cambió todo. “Lo vi y dije: este es. No necesito ninguno más”, recuerda Bart Sanz. “Teníamos canciones muy armadas al estilo de Mogwai y Marc consiguió meter su voz. Al poco tiempo, vino con letras escritas por él en inglés”. Como cuentan ellos, Marc era de clase media y Bart de clase obrera, pero, lejos de separarlos, los unió más porque ambos tenían pasión por la agitación del *underground* que había en la ciudad. “Dorian fue un proyecto pensado por Marc”, asegura Bart Sanz. “Mi idea era actualizar a Radio Futura y Parálisis Permanente”, reconoce Gili, quien pronto se puso a componer en castellano. La siguiente en incorporarse fue Belly tras conocer a Marc en una fiesta en un piso del centro de Barcelona. “Yo iba muy borracha y me metí en una habitación y vi que había un piano eléctrico.



Desde arriba a la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj, Marc Gili, Belly Hernández, Bart Sanz y Lisandro Montes.



Me puse a tocarlo y entró Marc y me preguntó si yo tocaba teclados. Le dije que sí y quedamos en vernos otro día”, cuenta la teclista, quien encontró en una banda que hablaba de versionar a The Cure todo lo que no había en las rígidas clases de solfeo.

La mañana avanza y los Dorian están en Revólver y charlan con Jaume, uno de los dependientes. Cuando todos se dejaban caer por aquí, recién estrenado el nuevo siglo, el Raval ya había dejado de ser un barrio marginal para convertirse en epicentro de una bohemia emergente en Barcelona. “Antes de la llegada del fin de semana, pasábamos por la tienda para recoger los *flyers* que informaban sobre las próximas fiestas de rock, *indie* o música electrónica que iban a suceder en la ciudad. No existía internet, así que no había otro modo de enterarse de la inauguración de clubes o fiestas. También era habitual coger revistas de música alternativa en las tiendas de discos y de ropa”, recuerda Gili, quien reconoce “el auténtico ecosistema” que crearon estas revistas. Aquella Barcelona vino marcada por revistas como *Mondosonoro*, *Ruta 66* y, especialmente, *Rockdelux*, que estuvo siempre más atenta a las vanguardias. Alumbraron lo que Gili llama “la movida barcelonesa”: “Se suele hablar menos de esta movida que de otras y la de Barcelona dio festivales como el Sónar y el Primavera Sound. Palabras mayores”. De esa movida

Los miembros de Dorian rebuscan en las cubetas de discos en Revólver, una de las pocas tiendas clásicas que sobreviven en la calle Tallers del Raval barcelonés.

salió Dorian, pero también Sidonie o Love of Lesbian. “En esa Barcelona pasó todo a la vez”, sentencia.

La banda abandona Revólver y pasea por el Raval. Por este barrio, hoy no falta de polémica por su inseguridad, está todavía el Marsella, un bar histórico al que los miembros de Dorian acudían a beber absenta antes de marchar a las fiestas de la Sala Apolo. El grupo rememora aquellos primeros días, “largos, duros y también hermosos” en palabras de Belly Hernández, cuando todo eso llamado *indie*, es decir, ser independiente con todas las de la ley (sin sello discográfico ni agencia de contratación de conciertos grandes) era muy “precario” al comienzo del siglo XXI. “Todas las bandas buscábamos algo diferente, pero los únicos que en aquella época se podían citar como bandas profesionales del universo alternativo eran Los Planetas y Dover”, explica Gili. Ellos iban en un Peugeot 205 prestado y se recorrían toda la Península con un piano y los instrumentos a cuestas. A veces, tocaban hasta en tres lugares en un día y medio porque el objetivo era darse a conocer. “Pasábamos por algunas ciudades hasta cuatro veces en un año”, cuenta Hernández.

“Tenía algo de quijotesco”, reflexiona Gili. “Pero, en realidad, era muy loco porque nos echábamos agua en la cara para no dormirnos en los viajes”. A la precariedad propia de ser *indie* se sumaba su estilo en contra de la moda: cantaban en castellano

“La palabra *indie* ha mutado y ahora es masiva. Es más mercantil. Hoy es distinto, pero no creo que sea mejor”

y con sintetizadores. “Las multinacionales no se fijaban en bandas como la nuestra”, asegura la teclista. “Nuestra única referencia por entonces era Astrud, que también metía electrónica en sus canciones. Tardamos cinco años en firmar nuestro primer contrato discográfico. Y no fue hasta el tercer disco que empezamos a tener éxito”, cuenta el cantante, quien reconoce que tuvo que lidiar con mucha frustración al principio. “Durante mucho tiempo, yo no entendía por qué no nos apoyaban más ni éramos más reconocidos”. Esta sensación de fracaso llevó a Marc a juntarse con más intensidad con gente de “la senda de la oscuridad” porque, como él reconoce, “la música siempre fue una propuesta alternativa a no autodestruirse”. “No había plan B. La música para nosotros era una cuestión de vida o muerte. Si no salíamos adelante con ello, nos caíamos del caballo”, cuenta. Esa parte de la historia siempre le supera un poco, como sucedió en la presentación del libro *A cualquier otra parte* en Madrid, donde se emocionó al citar a los amigos caídos.

Dorian se detiene en la plaza del Macba (Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona). Decenas de patinadores hacen sus piruetas con el monopatín en este espacio convertido hoy en una especie de templo de la cultura *skater*. Aún en el corazón del Raval, el grupo recupera los recuerdos que hubo en este lugar tan concurrido donde se agitó mucho esa movida barcelonesa a la que tanto se deben. “Esta zona albergó durante años el Sónar Festival en su faceta diurna, que empezaba al mediodía y se cerraba sobre las nueve de la noche para dar paso al Sónar de Noche, que tenía lugar en otros emplazamientos de la ciudad. En el primer momento dulce de nuestra carrera, Dorian cerró la jornada del Sónar de día en un concierto con mucha gente. Frente al escenario no cabía un alfiler. Recuerdo que, antes de salir a tocar, me temblaban las piernas”, explica Gili. Para entonces, en 2007, Dorian había conseguido explotar: ‘Cualquier otra parte’ se había convertido en un fenómeno en la escena musical. “La canción nació de uno de los momentos más oscuros de mi vida tras una discusión con Belly. Entonces, me comportaba como un idiota por mi frustración. Salió sola y muy rápido”, cuenta su autor, quien durante gran parte de la carrera del grupo ha sido pareja de Belly. “Al final, rebotó la bola hacia arriba”, sentencia Gili. En 2009, llegaría el disco *La ciudad subterránea* y el éxito de ‘La tormenta de arena’, que formó parte de la banda sonora de la película *Tres metros sobre el cielo*. “Quizá nuestro éxito

siempre ha sido una llamada a cierta rebeldía. Es música para inadaptados”, asegura el cantante.

A partir de ahí, Dorian sería uno de los grupos de la segunda generación del *indie* nacional, tras bandas como Surfin’ Bichos, Los Planetas, Manta Ray o Dover, que lideraría la eclosión del *indie* a grandes audiencias. El grupo sería de los primeros en España en abrir camino en México y otras partes de Latinoamérica y acabaría por convertirse en la formación que más veces ha tocado en el Sonorama Ribera, el festival que amplificó el *indie* en todo el país y entre distintas generaciones. Hoy comparte canciones con puntales actuales como Arde Bogotá y es referente para las nuevas bandas que abrazan la electrónica. También sus integrantes han sabido superar baches, como aquellos agitados años entre 2020 y 2021 que vieron derrumbarse la relación sentimental entre Marc y Belly. “Hubo muy mal rollo y planeó la sombra del fin de Dorian, pero del duelo surgió otro tipo de amor fraterno. Supimos atravesar nuestro cabo de Hornos y llegar al Pacífico porque trabajamos las afectividades y el perdón”, asegura él. “Al final se impuso el cariño infinito que nos teníamos a todo lo demás”, afirma ella. Ambos reconocen el papel crucial que jugaron Bart y Lisandro para entender la complejidad del fin de la relación amorosa.

En los camerinos de la Sala Apolo, están Marc y Belly a punto de hacer la última sesión de fotos del día. El eco de miles de fiestas resuena por todos los rincones. “El Club Nitsa fue nuestro Rock-Ola. En la pista grande se bailaba música electrónica puntera, lo más *underground* de cada año. Y en las dos salas pequeñas de arriba, llamadas Picnic y Neón, música *indie*, *new wave*, pop electrónico y hip hop”, recuerda Gili como si pudiese con la mirada llenar esa pista ahora vacía. En otoño, Dorian volverá a tocar en Apolo. Una vez más. Desde hace mucho tiempo a ellos les toca poner el baile. “Somos un refugio para mucha gente, pero también la banda lo es para nosotros”, asegura Hernández. Cuando abandonan la Sala Apolo y se encaminan otra vez por las calles de Barcelona, miran la ciudad para hablar de la dichosa palabra: *indie*. “La palabra ha mutado y ahora es masiva. Es más mercantil. Hoy es distinto, pero no creo que sea mejor”, afirma Hernández. Mientras un grupo de turistas deja el ruido de arrastrar sus maletas por la acera, los Dorian siguen hablando y elevan la voz. “En esta ciudad con el *indie* hubo un sentido de comunidad. Éramos una resistencia”, explica Hernández. Y Gili concluye: “Así es. Éramos una tribu”. —EPS

PLA CE RES

(de
verano)



EL OBJETO

De las 'raves' a las pasarelas

FOTOGRAFÍA DE JUAN CARLOS DE MARCOS
ESTILISMO DE PAULA DELGADO

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



LAS GAFAS DE sol tipo máscara acompañaron en la primera década de 2000 el *jean* de tiro bajo, los brillos, las camisetas ajustadas y los estampados. Cuando la tendencia cedió paso al *hipsterismo* y al *boho chic*, este accesorio volvió a recluirse en los nichos a los que pertenecía: el de los deportistas y el de los veteranos de las *raves*, quienes, sea cual sea la tendencia, aprecian por encima de todo la comodidad y las cualidades superprotectoras contra el viento y la luz. Con el retorno de la estética *dosmilera*, las gafas tipo máscara reaparecieron en las pasarelas y, luego, en las calles. Para este verano, en la colección Coco Beach 2026, Chanel propone una versión con lente amarilla y sin marco. En este modelo, la montura de ojo de gato rompe con el diseño continuo que suele caracterizar a estas gafas para darles un aspecto menos funcional. Una apuesta infalible para quienes aún tienen dudas. —EPS

EL CHIRINGUITO

Elogio y reivindicación de una institución popular.

No se entiende un verano español sin un chiringuito con mesas de plástico y platos locales. Pero su función social empieza a ser reemplazada por modelos importados.

por Mònica Escudero

LES PROPONGO UN viaje para el que no necesitarán billetes, protección solar ni siquiera una toalla. Iremos a un lugar que probablemente conozcan bien, aunque tal vez no se hayan detenido aún a pensar en él. Primera parada: una playa cualquiera de España, hace 40 años. Pónganse el traje que les resulte más cómodo: pueden ser el niño que hace castillos de arena con un cubo y una pala de plástico; la adolescente que preferiría haberse quedado en casa; los abuelos que descubren que los nietos crecen demasiado deprisa o los padres que esperan que crezcan lo suficiente para poder volver a escaparse a cenar solos.

Durante décadas, el destino nunca fue el chiringuito: el destino era la playa. El chiringuito aparecía como una consecuencia lógica de haber pasado varias

Parroquianos
acodados en la
barra de El Ancla en
la playa de Mazarrón
(Murcia) en 1967.





horas al sol. Hacía calor, entraba hambre, se acababa el agua y, por algún extraño motivo, justo aquel día nadie había pensado en trasladar el salón de casa al litoral. Amy Rosenberg, periodista de *The Philadelphia Inquirer*, bautizó hace unos años esa costumbre de colonizar la arena con neveras, sillas plegables, sombrillas, mesas auxiliares y medio ajuar doméstico como *beach spreading*. Sin saberlo, acababa de convertir a nuestras abuelas en pioneras involuntarias de una tendencia internacional.

El chiringuito no pretendía competir con la playa, solo hacer que durara unas horas más. Bastaban unas mesas de plástico, una sombra razonable y alguien dando la vuelta a unas sardinas sobre la brasa, o calamares, boquerones enharinados, gambas a la plancha, bocadillos de tortilla, una paella servida en recipientes del diámetro de los que salían en los anuncios de lavavajillas, refrescos, tinto con gaseosa o cerveza de tirador “pequeñita, que se calienta”. El menú cambiaba de una costa a otra, pero la función era siempre la misma: que el día continuara.

Con suerte, había un lavabo: era la base de la pirámide de Maslow y todo lo que necesitaba una jornada que en realidad ocurría a su alrededor. El chiringuito nunca fue el protagonista del verano, sino su infraestructura invisible, donde se comía con los pies en la arena y nadie parecía tener prisa por pedir la cuenta. Quizá por eso nunca pensamos demasiado en él. Durante mucho tiempo fue una de esas instituciones tan integradas en el paisaje que resultaban invisibles. Como ocurre con los bancos de una plaza o las fuentes de un parque, uno solo descubre lo importantes que son cuando empiezan a desaparecer. Porque lo que ha cambiado en estos años no es solo la forma de comer junto al mar; es la idea de lo que esperamos de un día de playa.

Carles Armengol, psicólogo, camarero al frente del café de la librería +Bernat y autor de *Matar un bar, una elegía tabernera sobre la defunción de nuestras barras* (Col&Col, 2025), sitúa el inicio de la debacle en un momento muy concreto. “A principios de los dos mil nos fascinaba abrírnos al mundo. Viajar, romper fronteras, escuchar a Manu Chao, sentirnos ciudadanos del mundo, la globalización: todo lo que era muy nuestro empezó a parecernos automáticamente cutre”. Mientras las compañías de bajo coste convertían cualquier capital europea en una escapada de fin de semana, también cambiaba nuestra forma de entender el ocio. Las vacaciones dejaron de medirse por los días que pasábamos en la playa para empezar a hacerlo por las experiencias que éramos capaces de acumular: el descanso era para los cobardes.

Ante la proliferación de *beach clubs* en la geografía española, importa reivindicar el modelo patrio. Este es uno de Marbella en 1963.

Durante casi un siglo, el chiringuito vivió con las muletas hechas, a base de estructuras desmontables y permisos efímeros, concebido para durar un verano más. La Ley de Costas de 1988 convirtió esa provisionalidad en norma: el litoral era dominio público y cualquier construcción, incluso llena de clientes, algún día desaparecería. Hubo derribos, recursos judiciales y una reforma en 2013 que alargó las concesiones y cambió la perspectiva para los supervivientes (y los que vinieron después). El negocio que no sabe si abrirá el verano siguiente usa las mesas de plástico que le suministra su proveedor de refrescos; uno que tiene claro que seguirá allí dentro de 50 años puede construir una piscina infinita: cuando cambia el horizonte, lo hace también la arquitectura. Aparecieron camas balinesas, cartas de cócteles e incluso listas de espera o reservas para la primera línea. Ir a la playa dejó de ser suficiente; había que ir al sitio correcto de la playa: es otra manera de entender el negocio, el problema aparece cuando esa lógica acaba desplazando a la anterior.

Ernest Cañada lleva años estudiando cómo el turismo transforma los territorios y las formas de vida de quienes los habitan. Para el investigador, el debate nunca ha sido si un *beach club* es mejor o peor que un chiringuito, sino qué modelo de costa estamos construyendo. “Cuando el espacio se organiza pensando sobre todo en el visitante con mayor capacidad de gasto, inevitablemente deja de ser igual de accesible para el resto”, resume. No se trata solo del precio de una tumbona o de un cóctel: cambia el tipo de negocio que resulta viable, el público al que se dirige y, poco a poco, la relación que los propios habitantes mantienen con sus playas.

Hagan la prueba. Abran Instagram, escriban #beachclub y traten de adivinar en qué país está hecha cada fotografía: descubrirán que resulta sorprenden-

Un chiringuito nunca se parecía demasiado a otro: no porque estuviera mejor o peor diseñado, sino porque apenas lo estaba



temente difícil. Parasoles de ratán, sombrillas perfectamente alineadas —a veces decoradas con líneas azules o rojas—, tumbonas tapizadas en lino, madera clara, plantas tropicales y cortinas que filtran una luz pensada para la foto. Los cócteles llevan cítricos deshidratados, la comida nunca se sirve en platos blancos y la tipografía del logotipo se repite: da igual si es Marbella, Tulum, Miconos o Dubái, la estética viaja mejor que los lugares.

Sin embargo, un chiringuito nunca se parecía demasiado a otro: no porque estuviera mejor o peor diseñado, sino porque apenas lo estaba. Uno olía a sardinas; otro, a chipirones; otro, a arroz. En Galicia dominaban las navajas; en Huelva, las coquinas; en el delta del Ebro, los mejillones; en Cádiz, el atún. “Los chiringuitos deberían apostar por los productos locales y de temporada, enfocados a los productos del mar y de la huerta”, apunta al respecto la cocinera Susana Aragón, vinculada al movimiento Slow Food. “Son escaparates idóneos para conocer y valorar la gastronomía del territorio, generar economía local, dar valor a los pequeños productores y atraer a un visitante que disfruta de la gastronomía del lugar, buscando un turismo regenerativo”.

Un chiringuito nunca competía por ser el lugar más bonito de la playa; si acaso, lo hacía por hacer mejor el pescado o por servir la cerveza más fría. Era un negocio profundamente ligado al territorio. El geógrafo cultural y ensayista estadounidense John Brinckerhoff Jackson dedicó su obra *Discovering the Vernacular Landscape* (1984) al paisaje cotidiano como encarnación de una cultura, de sus valores y de sus aspiraciones, huyendo de la belleza paisajística arquetípica. En un paisaje vinculado al día a día y a su concepción como producto cultural, social e incluso político, el chiringuito dice más de nosotros que la Sagrada Familia y el Museo del Prado juntos: no era un restaurante, sino una traducción del lugar donde estaba.

“Hay muchos motivos para hacer una oda al chiringuito”, reflexiona Izaskun Chinchilla, arquitecta y autora de *Los barrios del buen vivir* (Catarata, 2026), un ensayo en el que apuesta por la planificación del bienestar urbano por encima de aspectos económicos o estructurales. “El primero, que nos empuja a la vida al aire libre: en una Europa donde pasamos el 90% del tiempo en interiores —lo que en un clima mediterrá-

El chiringuito de antaño era social y democrático.



neo como el nuestro es una estadística realmente dramática—, un chiringuito hace algo tan sencillo como invitar a quedarse fuera”.

Los urbanistas hablan de la permanencia como uno de los indicadores de calidad del espacio público: un parque funciona cuando la gente decide no marcharse enseguida y una plaza está bien hecha cuando apetece quedarse un rato más. El chiringuito llevaba décadas haciendo eso sin necesidad de conocer la teoría. “Las comidas largas generan confort”, explica Chinchilla. “Y ese confort favorece las relaciones”. Los niños encontraban a otros niños, los adultos terminaban hablando con la mesa de al lado o con el camarero. La playa creaba una experiencia compartida; el chiringuito le daba tiempo para convertirse en conversación.

Ese equilibrio, sin embargo, empieza a ser cada vez más difícil en buena parte del litoral español. “Es una tendencia que empieza, creo, en los años noventa: la pér-

Los niños encontraban a otros niños, los adultos hablaban con la mesa de al lado. La playa creaba una experiencia compartida; el chiringuito lo convertía en conversación

dida de espacios y valor social respecto a las vacaciones de la clase trabajadora en las últimas décadas”, señala Cañada, que, en su próxima publicación, *No hay ricos para todos. En defensa de un turismo popular* (Icaria Editorial, 2027), analiza las complejidades del modelo actual y propone infraestructuras de proximidad que den respuesta a necesidades de ocio y descanso. “El futuro del turismo pasa por repensar los espacios en los que va a tener que desarrollarse; necesariamente va a ser más de proximidad por motivos ecológicos y, al mismo tiempo, necesita ser mucho más igualitario”.

El chiringuito nunca fue un lujo: su mayor virtud consistía en admitir casi cualquier manera de disfrutarlo. “Una de las grandes riquezas de la sociedad mediterránea —y, en realidad, de buena

parte del verano español— es la socialización abierta”, añade Chinchilla. “Tenemos que defender todos aquellos espacios que favorecen los usos compartidos”.

Por eso cuesta tanto medir lo que un chiringuito aporta. Su valor no aparece en la carta ni cabe en una fotografía de Instagram. Durante años dimos por hecho que esos lugares existirían siempre. Solo cuando empiezan a desaparecer, o a parecerse demasiado entre sí, descubrimos que no eran simplemente negocios, sino una forma de organizar la vida cotidiana.

Volvamos a aquella familia que dejamos sobre la arena hace unas páginas. El niño del cubo de plástico tal vez tenga ya sus propios hijos. La adolescente habrá descubierto que sus padres tenían razón en algo: las vacaciones pasan demasiado deprisa. Los abuelos ya no estarán o caminarán más despacio hacia la orilla. El paisaje habrá cambiado; algunos chiringuitos, también. Ojalá siga habiendo un lugar donde esa familia pueda sentarse sin haber reservado, se pueda hablar sin que suene música *house* de fondo, el pescado venga del mar que tiene justo delante y nadie tenga prisa por levantar la mesa en cuanto llega el café.

Defender el chiringuito no consiste para nada en convertirlo en una reliquia. Se trata de entender que pocas instituciones han hecho tanto por democratizar el verano español como esta suerte de bar medio improvisado, en el que varias generaciones aprendieron que un buen día de playa no terminaba al salir del agua, sino cuando el sol caía y todavía quedaba la penúltima bebida por compartir. —EPS

El reto del pantalón corto. Pocas cosas despiertan más inseguridades entre los hombres que cambiar la longitud del pantalón y el significado de enseñar más o menos pierna. Aquí cinco ejemplos de este insondable universo.

POR TOM C. AVENDAÑO



01

CON O SIN CALCETÍN

Se puede llevar todo tipo de calzado con pantalón corto. El más formal, dicen, sin calcetín (los náuticos lo permiten; los mocasines, allá usted); el menos formal, preferiblemente con. El mundo mediterráneo nos ofrece tantas alternativas sin calcetín (alpargatas, menorquinas) que para qué ignorarlas.



02

EL QUE HABLA POR EL TEJIDO

Cualquier consejo sirve de poco si se ignora el tejido, o sea, su carácter. Nailon corto: exteriores y actividad. Lino corto: playa balear, alpargatas e inacción. Pana fina corta: California en los setenta. Lana fina corta: un pulso contra la informalidad inherente al corte. Vaqueros cortos: aires retro.



03

EL QUE ES ANCHO

Que el pantalón acabe más o menos sobre la rodilla no es un capricho: la silueta que dibuja es más amable (con la edad puede llegar la tentación de cubrir también la rodilla: para esto, mejor uno largo). La única variación posible es la anchura. Que el pantalón ahogue el muslo al sentarnos es mala señal. Mejor holgado.



04

EL QUE ES MUY CORTO

El clásico pantalón de 12 centímetros causa terror porque se asocia a la provocación (no debería) y puede hacernos destacar por lo que no queremos (tampoco). Pero pensemos en la silueta que dibuja. Solo hay que temer que sea estrecho. ¿Uno ancho? Llévelo con una manga larga o camisa sobre camiseta, verá.



05

EL QUE ES MUY LARGO

Será casualidad que cubrir la rodilla se haya puesto de moda, tras un pico de popularidad en los noventa, entre los menores de 30 justo ahora que esa generación orbita hacia lo puritano. Pieza favorita para el *skater*, el Rafa Nadal de 2008 o el que se siente muy Z, o al menos muy joven por oponerse a la norma.

LA MEMORIA Y LA IDENTIDAD

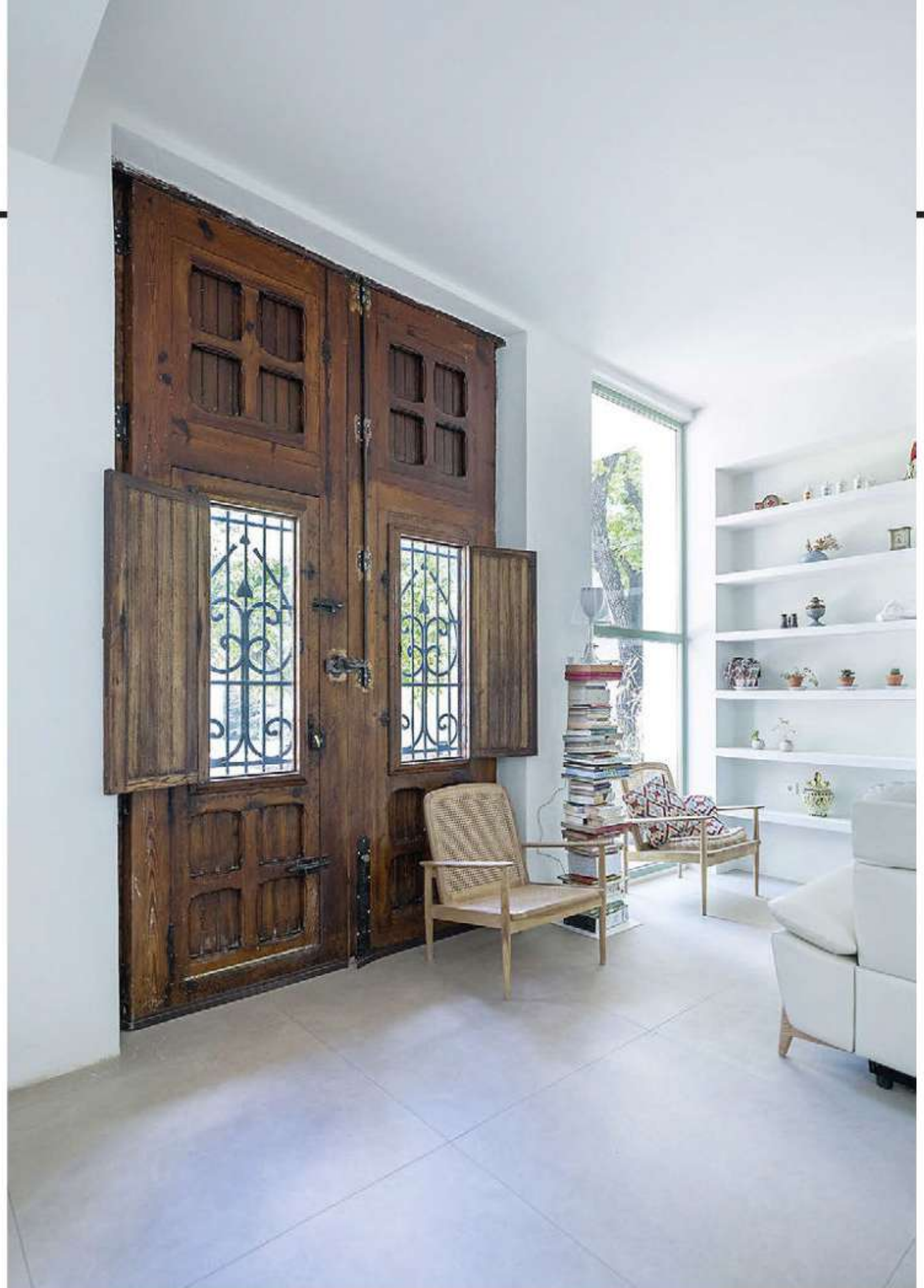
por Tachy Mora
fotografía de Raúl Belinchón

El arquitecto Jose Costa ha proyectado la rehabilitación integral de esta típica vivienda valenciana tratando de conservar su identidad y la de la familia de Nilda Andreu. Buscaba que la capa histórica y las nuevas adquirieran un propósito, abordando la memoria familiar con delicadeza.

En esta página, el arquitecto Jose Costa, en la cocina de la vivienda en Turís (Valencia) completamente reformada para Nilda Andreu. Un nuevo lucernario permite la entrada de luz natural en este espacio que antes era muy lúgubre, ahora abierto al salón a través de unas puertas plegables

en un color verde menta presente históricamente en la casa. En la página anterior, la escalera curva diseñada por Jose Costa que mejora la circulación y la cohesión entre la vivienda antigua y la nueva intervención, en una zona que tuvo que ser demolida.





Ahora, el patio tiene una piscina estilo alberca. La nueva geometría del volumen interior reproduce la que ya tenía la vivienda antigua. La puerta de acceso al patio desde el salón es la original. Es de las pocas cosas que se conservaron de esta zona de la casa, que fue demolida, donde se encuentran la cocina y el área social. Nilda Andreu ha insertado por toda la vivienda elementos evocadores de la casa de sus abuelos: desde puertas de habitaciones o de alacenas a tiradores y, en particular, el tono verde presente en el diseño original de la casa.



EN 1941, UNA joven familia formada por un médico y una profesora se instalaron en Turís, Valencia. Se habían conocido en Aielo de Malferit, cuando él fue a pasar revisión a los niños de un colegio en el que ella trabajaba. Un día todo parece que va a ser como el anterior y, de repente, un encuentro fortuito te cambia la vida. Ya casados y con dos hijas, ambos pudieron hacer coincidir sus trabajos en Turís, donde alquilaron esta casa, que comprarían más adelante. Eran los abuelos de Nilda Andreu (Valencia, 54 años), que ahora vive en ella de forma permanente.

Al jubilarse, sus abuelos se trasladaron a Valencia, así que la vivienda quedó como casa de vacaciones y de encuentro para toda la familia. Nilda Andreu y su hermano pasaban de pequeños los veranos aquí. Ella, con el tiempo, empezó a venir también los fines de semana durante el resto del año. Su apego a la casa y a Turís siempre fue fuerte. “Por mis abuelos ha pasado todo el pueblo... Él los traía al mundo, porque era cuando aún se asistía a los partos en las casas. Y, luego, mi abuela los educaba. Aquí, todos son hijos de ellos dos”, se ríe.

Los abuelos, tras comprarla, hicieron una ampliación hacia el patio, agregando un volumen interior a la vivienda original, que era la típica casa tradicional valenciana, con su gran portón y distribución a dos manos más un patio al fondo. En esta parte más antigua de la vivienda con fachada a la calle, el médico instaló

su consulta, en la que el paso central, con su característico arrimadero revestido de cerámica, hacía de sala de espera. La planta superior funcionaba como cambra para almacenar la cosecha, el aceite o los productos de matanza. La ampliación interior era donde hacía vida la familia. Su diseño no tenía mucho que ver con la vivienda original y, si bien había cumplido con las necesidades de los abuelos, con el tiempo se había quedado obsoleto y acusaba el deterioro de una mala construcción con mucha necesidad de mantenimiento.

“La casa ya no estaba habitable”, reconoce Nilda. “Cada vez que veníamos en vacaciones teníamos que arreglar cosas. No se le había hecho nada en mucho tiempo. Era venir y ponerte a hacer obras. Así que llegó un momento en el que nos planteamos hacer una reforma completa”. De este modo, no solo frenarían su deterioro, sino que también podían aprovechar para adecuarla como lugar de encuentro para toda la familia, adaptándola a sus necesidades actuales. De no haberlo hecho, quizá hubieran terminado vendiéndola, a pesar de su valor sentimental. Y eso era una pérdida por la que Nilda no estaba dispuesta a pasar no solo por mantener el legado y la cohesión de la familia, que viven en distintos lugares, sino también porque su propia historia empezaría a desvanecerse.

El proyecto ideado por Jose Costa (Alzira, 48 años) planteaba, en primer lugar, dar un sentido a todo aquello, porque la casa había terminado por convertirse en una extraña amalgama de funciones y añadidos desvinculados. En segundo lugar, había que adaptarla a la configuración actual de la familia y cómo la usarían desde un punto de vista realista, proyectándola con una cierta flexibilidad para que se pudiera adecuar a otras funciones o cambios futuros.

De no haberla reformado, quizá hubieran terminado vendiéndola, a pesar de su valor sentimental





Se trata de una casa tradicional valenciana, con su portón y distribución a dos manos, más un patio al fondo. El arrimadero cerámico y las esculturas de la entrada ya estaban desde antes de que compraran la casa los abuelos de Nilda Andreu, a quien vemos en la escalera diseñada por Jose Costa. Abajo, detalles interiores y la fachada de la casa. En la página siguiente, detalle de una librería que recorre las dos plantas, de los azulejos en uno de los baños, que podrían datar del Barroco, y de la cubierta de un refugio del abuelo en el patio.

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:



byneon
Neon147



“El reto estaba en conseguir que una casa de casi 300 metros cuadrados se encogiera durante buena parte del año, porque ahí solo iba a vivir de manera permanente una persona”, apunta Jose Costa.

Así, el volumen de la vivienda tradicional fue transformado en las habitaciones de todos aquellos que solo van a Turís en vacaciones, a temporadas o de visita. Las antiguas estancias de la consulta del médico en la planta baja pasaron a ser las de los más mayores: la tía y los padres de Nilda. La cambra de la planta superior se convirtió en las habitaciones del hermano de Nilda y sus hijos. Si bien el área de la vivienda tradicional fue, sobre todo, redistribuida, lo que sufrió una mayor transformación fue el volumen interior que habían añadido los abuelos, cuya construcción, quizá por la época, no era de buena calidad. Fue demolido y se volvió a construir respetando la planta baja como zona social, pero destinando su área superior a la habitación de Nilda. Una nueva escalera curva mejoraría la espacialidad y la circulación de toda la planta de arriba, aterrizando hacia el dormitorio de Nilda en un distribuidor que funciona como una zona de descanso con un *office*, y que hace de enlace hacia las habitaciones del hermano y sus hijos. “Antes la escalera era solo un tramo y te dejaba mirando a la cambra”, explica Jose Costa.

Al demoler y rehacer el añadido interior, Jose Costa aprovechó para mejorar su diseño y abrir la vivienda más al patio. Por un lado, incluyó un lucernario, que dota a la cocina de la planta baja de luz natural. Configuró su zona social con una mayor conexión con el exterior, incluyendo nuevos vanos. En el nivel superior diseñó una *suite* para Nilda, con una terraza y vistas al patio. Al tiempo que la casa iba tomando mucho más sentido espacialmente, de distribu-

ción y diseño, ella hizo de guardiana de la memoria salvando de la demolición diferentes elementos e incluyendo detalles que evocaran la casa de los abuelos: recuperó puertas y tiradores, que reutilizó en las nuevas habitaciones de otro modo; restauró mobiliario, incluso el de la sala de espera, con acabados más contemporáneos; rescató azulejos, algunos de los cuales podrían datar del Barroco, usándolos a modo de tapices, alfombras o paños; no dejó que el color verde menta de las paredes de la casa de sus abuelos se perdiera, utilizándolo en zonas puntuales como acento.

Esta complicidad para desarrollar el proyecto entre ambos, con la sensibilidad que Nilda precisaba, nace de la evolución personal y como arquitecto que Jose Costa experimentó durante los años que vivió en Brasil, antes de establecerse en Valencia en 2014. “En Brasil pasé por un proceso de deconstruirme, abordando otras cosas que me interesan y que tienen más que ver con el ser humano, con la emoción, con la sensibilidad... y no tanto con geometrías abstractas desde las que componer una arquitectura, como si fuera un objeto de diseño alejado de la percepción humana o el paisaje”, afirma. “Mi arquitectura tiene mucho que ver con el contexto, es lo que te va guiando. Si hay una preexistencia, como pasa en esta casa, hay que construir el proyecto desde esa historia”. —EPS

Nilda hizo de guardiana de la memoria salvando elementos e incluyendo detalles que evocaran la casa de los abuelos

BRINDIS NEOTROPICAL EN ALICANTE

Populares por sus sabores frutales y sus extravagantes presentaciones, los cócteles tropicales reclamaban a gritos una actualización. En 26 Cocktail Room se han puesto manos a la obra.

POR ABRAHAM RIVERA
FOTOGRAFÍA DE MIRTA ROJO



Arriba, Alessandro Esposito, en 26 Cocktail Room. Aquí, un hielo macizo con el logo de la casa.

ME ACABO DE comprar esta máquina, hace los hielos más macizos”, dice Alessandro Esposito mientras señala una de sus últimas adquisiciones, una hielera de Hoshizaki, la marca japonesa fundada a mediados del siglo pasado y que hoy es sinónimo de precisión y buen gusto. Esposito primero descalcifica el agua y luego la osmotiza, ajustando el pH para lograr unos cubitos mucho más compactos. “De esta forma suelta menos agua y conseguimos que enfríe más”, explica el italiano, originario del lago de Como, pero ya con una década en España, donde ha pasado casi todo el tiempo en la costa alicantina.

Trabajador incansable, con un currículo que le ha hecho aprender el

oficio a fuerza de muchas horas tras la barra en locales como El Portal, decidió coger durante la pandemia un negocio ya en uso, el 26, e insuflarle aires renovados. Hoy su local es uno de los mejores ejemplos de lo que muchos llaman cócteles neotropicales. Es decir, traer al presente —con todo el conocimiento adquirido a través de ingredientes y técnicas— la historia de un beber fundamentado en la frescura, el equilibrio y la hoy tan de moda baja graduación, pero sin perder nunca ni sabor ni identidad. Frutas como el mango, el maracuyá, la guayaba, la piña o el coco se integran en cócteles de formato largo, donde se juega con una amplia gama de destilados de primera calidad y recetas que ponen en valor el beber siempre frío, que durante estos veranos de calor extremo tan necesario es. —EPS



Quetzal



Solero 2.0

raiones de cero. El *sweet & sour* de *lemongrass* se obtiene extrayendo el jugo fresco de la planta aromática, equilibrando la parte cítrica y dulce. Mientras, el *oleo saccharum* se elabora aprovechando las pieles de las naranjas que utilizan diariamente. Se envasan al vacío junto con azúcar y se dejan trabajar mediante un proceso de ósmosis. Posteriormente se filtra para obtener un *oleo* muy limpio y aromático. La solución salina también es de elaboración propia, se prepara con agua purificada y una combinación de sales minerales, lo que ayuda a potenciar el sabor del conjunto. Una vez preparado todo, se mezclan con los destilados para crear el conjunto del cóctel, que viene servido con un aroma de citronela y tres huevos de pasta de almendra de sabores distintos.

Solero 2.0

Homenaje a uno de los helados más icónicos de los años noventa. La idea era convertir ese recuerdo de infancia en un cóctel contemporáneo, elegante y tropical, capaz de despertar la memoria desde el primer sorbo. Y con una graduación alcohólica muy baja, 5%.

Ingredientes:

Vodka Altamura, licor de melocotón, licor Chinola de fruta de la pasión, puré de mango, puré de fruta de la

Quetzal

Homenaje al ave sagrada de Mesoamérica, símbolo de libertad y belleza. Con este cóctel Esposito reivindica su idea de lo que debería ser un trago salvaje y exótico,

combinación notable de un excelente tequila, de perfil fresco, con un mezcal artesanal ligeramente ahumado y notas cítricas.

Ingredientes:

Tequila Mijenta, mezcal Tres

Tribus, pulpa de tamarindo, *sweet & sour* de *lemongrass*, *oleo saccharum* de naranja y solución salina artesanal.

Preparación

El corazón del cóctel está en hacer todas las elabo-



Amerisake



Mango Essence

pasión Boiron, puré de coco Boiron, melocotón fresco, zumo de piña natural, *bitter* de melocotón y vainilla de Madagascar.

Preparación

Todos los ingredientes se integran previamente en un *pre-batch*, buscando que cada servicio mantenga siempre el mismo equilibrio y calidad. Posteriormente el cóctel se enfría y airea mediante un leve agitado. Uno de sus elementos más característicos es la decoración, una pieza de chocolate negro al 70% moldeada con la forma del hueso de un melocotón.

Amerisake

Inspirado en la ciudad japonesa de Nara, este cóctel representa el encuentro entre la tradición del sake y

la elegancia de la coctelería clásica occidental, que le guiña un ojo al popular cóctel Americano, que en origen se componía de vermouth y Campari. Una mezcla de perfil seco, refrescante, cítrico y extremadamente fácil de beber. Un viaje para el paladar que nos hace soñar con el mar y el país del sol naciente.

Ingredientes

Sake Misaki Yuzu, Martini Bitter, Martini Extra Dry, soda cítrica artesana.

Preparación

La personalidad del Amerisake nace principalmente de su soda artesanal. Para elaborarla utilizan únicamente pieles de limón y pomelo, eliminando completamente el albedo para evitar amargores indeseados. Las pieles se trituran, se dejan macerar

para extraer todos sus aceites esenciales y, posteriormente, se filtran. Por último, se gasifican para obtener una soda muy aromática y fresca. Como decoración utilizan una lámina de alga nori, perfumada con un *twist* de la piel de un limón, que levanta un delicado aroma marino y conecta con la inspiración japonesa del cóctel.

Mango Essence

Elevación de la nueva coctelería tropical de autor sin alcohol, y sin azúcar añadido. Una obra de ingeniería líquida que nos aporta la misma complejidad, elegancia y experiencia que cualquier gran cóctel clásico. Un fantástico ejercicio, creado por Esposito y equipo, que no pretende imitar una bebida alcohólica, sino crear una identidad completa-

mente propia alrededor del mango y las especias.

Ingredientes

Pulpa natural de mango, zumo de naranja, zumo de limón, guaraná, eritritol, canela, clavo, jengibre, pimienta y soda.

Preparación

Elaboramos previamente una base donde infusionalamos cuidadosamente las especias para obtener un perfil aromático profundo y natural. Para aportar el dulzor utilizamos eritritol, un edulcorante que nos permite mantener el equilibrio del cóctel sin incorporar azúcar. Para finalizar, terminamos con soda, con la que conseguimos dar frescura y ligereza sin que el mango pierda protagonismo. La decoración es una arena de coco que marida a la perfección este trago. —EPS

Una compañera para todos los viajes.

Las maletas Rimowa tienen garantía de por vida, resisten al fuego, a los martillazos y a las caídas desde altura. Así se fabrican en Colonia.

POR LAURA GARCÍA DEL RÍO
FOTOGRAFÍA DE XIMENA Y SERGIO



LAS HAN ATROPELLADO, martilleado, prendido fuego e incluso metido en las fauces de un cocodrilo. Están tan seguros de su resistencia que en una ocasión la pusieron a prueba tirando una maleta desde lo alto de una grúa. “El valor de la marca ha sido el mismo desde el primer día: diseñar un objeto para toda la vida”, dice el parisiense Mathieu Plenier, que entró en la enseña como director global de Colaboraciones de Marca y Proyectos Especiales en 2021 y el año pasado asumió el rol de director de *marketing*. “Hay muy pocos objetos en el mundo que conservarás para siempre. Una Rimowa es uno de ellos”.

Los arañazos, abolladuras y pegatinas son parte del juego. Sellos en el pasaporte vital de la maleta y de su dueño. Ellos los entienden como mementos. Lejos de borrarlos, se lucen. Es más, desde 2023 tienen un programa, Re-Crafted, con el que recuperan, restauran y vuelven a poner en circulación maletas usadas conservando esas marcas que las hacen únicas. Y la demanda es sorprendente. Esa pátina que en otro contexto se vería como una imperfección se convierte en una expresión visible de resistencia y experiencias acumuladas. Son credenciales. La prueba de que una Rimowa es de por vida. “Una compañera”, dice Plenier. Y una fiel.

Construirla es increíblemente técnico y sorprendentemente artesanal: cada maleta requiere más de 200 componentes y 100 etapas, y en la mayoría hay una persona involucrada. En la fábrica en Colonia (Alemania), la secuencia es rigurosa. Primero el ondulado de las sábanas de aluminio. Luego los cortes, estratégicos, que permiten darle forma, como si fuera un origami. No se ha-



En la página anterior, Daria Jacobs, responsable de Patrimonio y Comunicación Interna de Rimowa. En esta página, el servicio de reparaciones en la *boutique* en Colonia, y una maleta totalmente cubierta con aluminio.

cen a láser, porque serían limpios y ellos necesitan hendiduras y relieves para el ensamblaje. Así que usan unas máquinas que troquelan, perforan y martillean, bailando con un golpeteo rítmico que, incluso amortiguado por los cascos, suena como una noche en el Berghain. Le sigue el enmarcado, donde la anatomía de la maleta va materializándose y se coloca un número de identificación único que permite trazar cada pieza —porque las imitaciones proliferan—. Después las esquinas, la placa con el logo, el asa telescópica, las cerraduras, las ruedas. Y lo que llaman “el matrimonio”, el punto en el que las dos mitades se unen “para siempre”. Luego el revestimiento interior. Para terminar en una sala insonorizada donde se hace una calibración manual. Martillazos, tirones, torsiones... “Como un masaje. Pero tailandés, no relajante”, bromea uno de los operarios. “Entender cómo se fabrica cada maleta fue lo que me caló cuando llegué a Rimowa”, explica Mathieu Plenier. “Es un equilibrio



increíble entre ingeniería y artesanía. Te hace ver lo único que es”.

Cómo Rimowa dejó de ser un contenedor para convertirse en un artefacto cultural se debe a un engranaje de buenas decisiones. Aliarse con artistas, de las intervenciones de Alex Israel y Takashi Murakami a la serie de esculturas de Daniel Arsham. Colaborar con Porsche, Vitra, Supreme, Tiffany, Mykita, Rick Owens y un larguísimo etcétera de grandes del diseño en todos sus frentes. Fichar a Roger Federer, Rihanna y Patti Smith —que hasta les escribió un poema—. Organizar exposiciones de Sotheby's a Art Basel. Lanzar su propio Design Prize para espolear el talento emergente —no solo con dinero, también con tutela—. Resucitar *Der Eigene*, una de las primeras publicaciones *queer*, establecida en el Berlín de 1896 por Adolf Brand. Y orquestar piezas a medida sin límites creativos: el baúl para vinos de LeBron James o el maletín que le acaban de fabricar al compositor Hans Zimmer para su gira europea. Básicamente, un estudio sobre ruedas.

Ese dinamismo, afirma Plenier, “está desde el principio”. Fundada por Paul Morszeck como guarnicionería en 1898 —el mismo año en el que Santos Dumont estrenó su globo y España



conoció el tranvía eléctrico—, en este siglo y cuarto Rimowa ha sabido moverse al compás de los tiempos tanto en la anatomía de sus diseños como en su narrativa. Para ellos la movilidad es un termómetro técnico y cultural. “Hay dos ideas que manejamos bien. Una es *Ingenieurskunst*. La otra, *Zeitgeist*”, explica el directivo. El arte de la ingeniería y el espíritu de la época. “El objetivo es ser culturalmente relevante, pero también crear algo que tenga sentido, donde la forma siga a la función”.

Del aluminio anodizado al sistema de ruedas multidireccionales, son fieles a la lógica Bauhaus. “La practicidad es inherente”, apuntala Daria Jacobs, responsable de Patrimonio y Comunicación Interna. “La filosofía es mejo-

rar funcionalidades. Cosas que a veces ni se ven, pero se perciben. Como las ruedas. La belleza reside en esa utilidad: son objetos pensados para ser atemporales. Esa forma de diseñar es en sí una expresión cultural”.

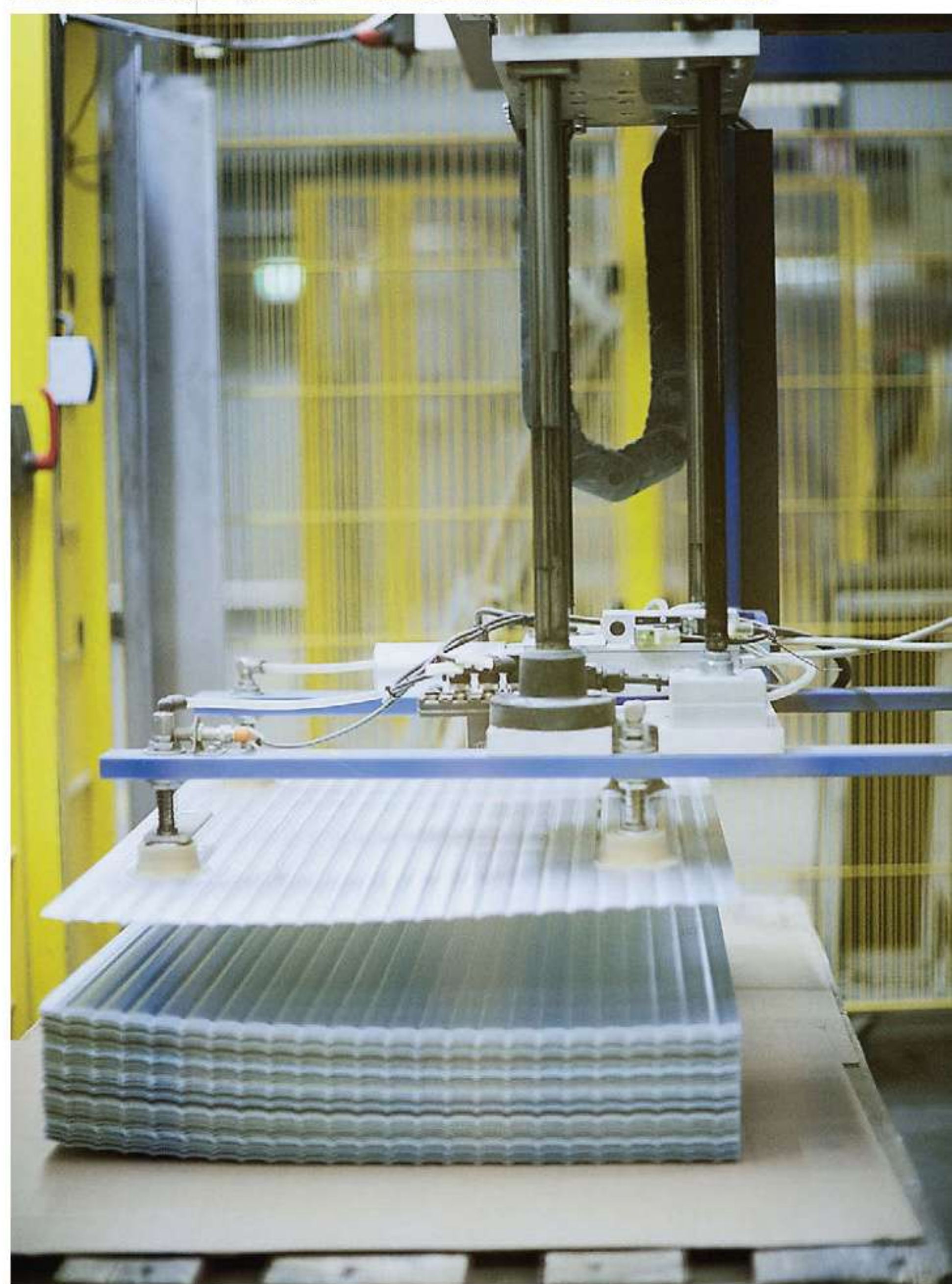
Concebir un producto que, por vocación, está hecho para trascender el tiempo es una declaración de intenciones. Mantener la premisa en

“Nuestra definición de lujo es un objeto con el que estableces un vínculo, que luego puedes transmitir”, sostiene Mathieu Plenier

una economía que se basa en el relevo constante es directamente un acto de rebeldía. “Un objeto con el que estableces un vínculo, que te acompaña y puedes mantener y luego transmitir. Esa es nuestra definición del lujo”, argumenta Plenier. Por eso en 2022 lanzaron una garantía de por vida para sus maletas. “Hay dos centenares de componentes en cada una, y todos se pueden reemplazar. Se hacen para durar, y eso es lo que los hace únicos”. También icónicos, aunque no sea una palabra que ellos pregonen.

De su narrativa, hay dos cosas inamovibles. Una es su abordaje funcionalista del diseño. La otra, el aluminio. “Si hay un objeto por el que Rimowa es reconocible, es esa maleta”, sostiene Jacobs. La primera vez que el metal entró en el léxico formal de la firma fue en los años veinte, cuando Richard Morszeck —hijo del fundador, Paul— quiso probar el material que estaba revolucionando la aviación. Al principio se usaba como refuerzo y embellecedor. Poco a poco fue ocupando un rol más importante, desplegando sus bondades: una mezcla de resistencia, maleabilidad y ligereza muy conveniente en el negocio de la movilidad.

Hoy, fieles a su premisa de mirar hacia delante, trabajan con materiales punteros como el Econyl y el policarbonato. De hecho, fueron los primeros en lanzar equipaje hecho con el polímero, hace 26 años. Pero la maleta de aluminio acanalado sigue siendo la estrella. Presente y constante desde los cincuenta, sus estrías son un sello. Aunque eso tampoco les ha impedido cambiarlas en alguna ocasión. Lo cual ilustra bien una filosofía inteligentemente articulada entre la reverencia al legado y el impulso de avanzar. Hasta le han puesto nombre: Never Still, un principio de movimiento constante. Pero con propósito, y sabiendo de dónde parten. —EPS



En la página anterior, Mathieu Plenier, en la escalinata de la *boutique* de Colonia. En esta página, de izquierda a derecha y de arriba abajo: uno de los empleados en el proceso de producción; los edificios de la fábrica, con la forma de la maleta; una empleada coloca los forros interiores y pule las carcasas, y una pila de sábanas de aluminio anodizado.

AMOR ELÉCTRICO

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

Ó escanea el código QR:

GIOCONDA BELLI

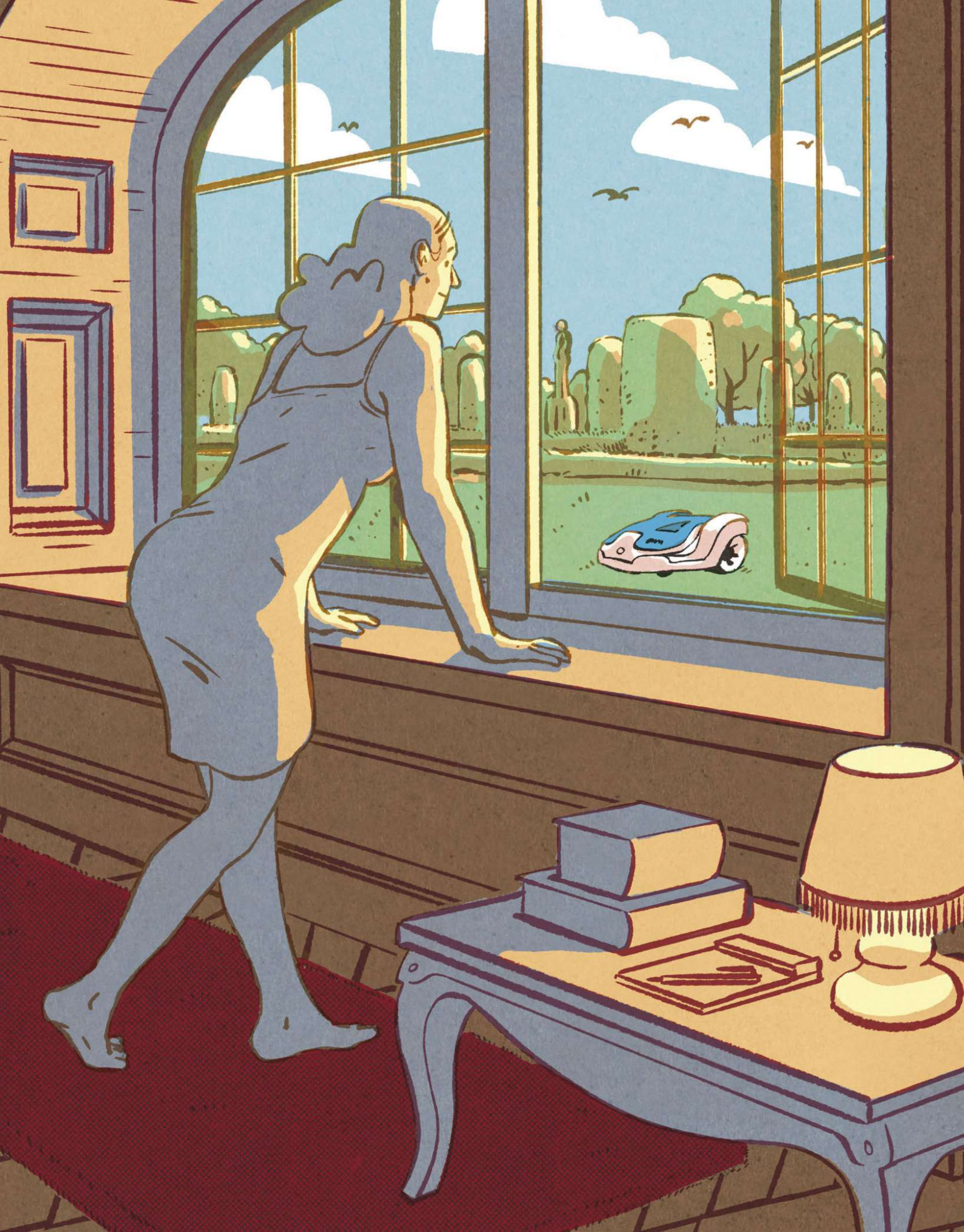


Un escenario idílico e inspirador, la ayuda de la tecnología y el poder del deseo. Con estos ingredientes, una mujer madura puede dejarse llevar hasta ese lugar donde aún existen encuentros casuales con múltiples orgasmos.

ILUSTRACIÓN DE
LUIS MENDO

NO SOPORTABA EL calor. Cada año, no más anunciarse mayo le empezaba el temor de la llegada de junio, el miedo a julio y el pánico de agosto. Estaba convencida de que su cuerpo era alérgico a las altas temperaturas del verano. El sudor le producía picazón; la piel se le irritaba; enrojecía y la mortificaba hasta quitarle el sueño. Desde que se mudó a Madrid y vivió el primer verano, decidió que no le volvería a suceder. Había conocido otros calores, calores húmedos, de piel mojada,





hasta sensuales, pero el de Madrid era odioso, implacable, violento. No solo la envolvía con su aliento de horno, sino que la resecaaba toda; la piel se le ponía arenosa, como papel cebolla, arrugada, vieja.

Huía cada verano a climas más tolerables, pero ese año había decidido no solo huir, sino cumplir un sueño: ir a Escocia y hospedarse en un castillo. El que escogió era de típica arquitectura escocesa del siglo XIX, rodeado de parques. Las habitaciones y el hotel conservaban el ambiente de leyenda, con comodidades modernas: cama ancha, tinas de baño que imitaban las antiguas, pequeña cocina con nevera, un escritorio, un cómodo sofá. El castillo, de altas paredes vetustas, era de estilo baronial escocés, con una línea de cumbrera irregular que mezclaba techos cónicos con escalonados y triangulares; una escalera conducía a un piso con biblioteca, sala de música con piano. Al parque se accedía por un sendero entre arbustos espesos; un amplio espacio sembrado de césped rodeaba el edificio.

No sería un sueño barato, pero, en su oficina de arquitecta, había ganado un bono generoso. Podía permitírselo.

Escocia le fascinaba desde niña, tierra mágica de los celtas, los druidas, las tierras altas, las *highlands*. Se había leído la colección completa de Diana Gabaldon y vio las cinco temporadas de la serie de televisión *Outlander*, basada en sus novelas, sin fallar un capítulo. Sam Heughan y Caitriona Balfe, en sus roles de Jamie Fraser y Claire, eran personajes de sus fantasías sexuales. A falta de pareja, luego de escenas en las que Jamie, desnudo y bello, la acariciaba entera, el vibrador mágico, conocido en la tienda de Amazon como Satisfyer, le producía magníficos orgasmos, a menudo en cascada. Hasta con parejas ocasionales, cuando el hombre de

carne y hueso se mostraba torpe, recurría a Jamie. Siempre funcionaba. La torpeza no iba con Jamie.

Llegó al aeropuerto de Glasgow a mediodía. Ya el transporte de Grenier Castle la esperaba para llevarla al hotel, a poco más de dos horas de allí, en la península de Kintyre. La realidad superó sus expectativas. Su habitación, en la planta principal, tenía vistas al lago Fyne. Entre los árboles aparecía la superficie azul en medio de la recatada vegetación. La decoración era elegante y su cama era de cuatro postes con dosel. La temperatura era ideal para la chaqueta de lana liviana que llevaba. Tocó el edredón de la cama. Le encantaba el acurruco de colchas y edredones. Dormir sin cobijas la hacía sentir a la intemperie.

La primera noche disfrutó la nueva traducción de Emily Wilson de la *Odisea*, remendada de sus interpretaciones excesivamente masculinas. Al despertar, se amarró el pelo largo y liso en una cola de caballo y bajó a desayunar. Desde el comedor de anchas vidrieras se veía también el lago. La mayoría de los huéspedes eran parejas blancas de mediana edad, a excepción de una pareja de facciones asiáticas, y otra donde la mujer llevaba un sari. No vio ningún niño. En una mesa, al lado del ventanal, un hombre solo tenía el rostro sembrado en el periódico. Podía ser guapo, pensó; al menos estaba en buena forma.

Para la quincena en Escocia no tenía planes con otro hombre que no fuera Jamie, se dijo, pero ese castillo tan romántico se prestaba a cualquier sorpresa. Revisó los meseros, dos hombres jóvenes, podían ser italianos o marroquíes. Se sintió

como tigresa en acecho y se llenó de remordimientos. A sus 54, temía que se le acabara el tiempo de la seducción, la “combustión” espontánea, como solía llamarla ella.

Salió al jardín. Era un día de sol. El césped brillaba. A pesar de las advertencias de las frecuentes lluvias en Escocia, no podía quejarse. Empezó a caminar. Hacía fresco. Admirando el paisaje casi tropieza con lo que pensó era una tortuga: un aparato ovalado, color gris oscuro, se movía sobre el césped. Se detuvo a mirarlo. Avanzaba imperturbable. Le tomó un rato percatarse de que se trataba de un robot cortador de césped. Sólo conocía uno parecido en casa de una amiga. Ella lo activaba en la noche para que le limpiara los pisos. Este otro apenas hacía ruido. Seguía su camino con gran determinación. Curiosa, se sentó en una banca al otro lado del césped a mirarlo. Debía de ser recargable. Ningún cable lo unía a una conexión eléctrica. El robot esquivaba los muros de los parterres para flores al borde del engramado. Al límite del césped, se volvió para recorrer el camino en dirección opuesta. Habría jurado que desviaba leve su camino para acercársele. ¡Admirable invento!, pensó ella. Tan entregado a su

trabajo, tan metódico. Le dieron ganas de felicitarle, de darle una palmadita en la espalda.

Fue caminando hasta el lago, pensando en el lugar que iba tomando la tecnología en sus vidas. ¿Qué relación terminaría surgiendo entre los seres humanos y las máquinas? Pronto ella tendría que aceptar la inteligencia artificial en su despacho. La IA era capaz de delinear planos arquitectónicos si uno sabía darle comandos exactos.



Gloconda Belli

(Managua, Nicaragua, 77 años). Es una de las escritoras más destacadas de la actual literatura latinoamericana. En 2025 ganó el Premio Internacional Carlos Fuentes, y en 2023, el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana.

Al regreso de su caminata, se topó de nuevo con el robot cortacésped. No lo esquivó. Se puso en cuclillas para ver el mecanismo, el rodillo en la panza. El aparato se detuvo. Se dejó examinar. Cuando ella lo enderezó, continuó incansable con su labor, de aquí allá, de allá aquí. Le inspiró ternura.

A la hora de la cena, vio de nuevo al hombre solo. Ella y él eran las únicas personas solas en el restaurante. Lo observó. Tendría su edad, quizás, manos largas, ojos pequeños y hundidos, marrones, la boca ancha de labios delineados, el pelo oscuro con zonas grises. Tenía más canas en la barba. Se la tocaba a menudo. También encendía y apagaba su teléfono, inquieto. Vestía una chaqueta de cuero y pantalones beis. Ella supuso que hablaría inglés. ¿Se llamaría Richard o John? Decidió mirarlo hasta que él la mirara. Le gustaba pensar que su mente era capaz de teletransmitir. Al fin la miró. Hubo una media sonrisa, pero él se levantó y se marchó del comedor.

Pasó varios días disfrutando de la molicie, pero salía al jardín a ver la puesta de sol. Invariablemente encontraba al robot cortacésped, merodeando cerca. Habría querido preguntarle si le pasaba algo. Una de esas noches, ya en pijama, escuchó un toqueo en su puerta. Se asomó. Era el robot. Habría perdido el rumbo. Lo levantó con cuidado. ¿Te confundiste?, le preguntó divertida, mientras lo devolvía al césped. Se alejó murmurando su leve ronroneo.

Esa noche evocó a Jamie. Pensó que el vibrador también ronroneaba. El orgasmo fue casi inmediato y más intenso.

En el desayuno habló con el chico que le servía el café. Era de padres italianos, pero su acento escocés era delicioso.

—¿Qué hay con esos robots que cortan el césped? —le preguntó.

Decidió mirarlo hasta que él la mirara. Le gustaba pensar que su mente era capaz de teletransmitir. Al fin la miró. Hubo una media sonrisa, pero él se levantó y se marchó

—Son simpáticos, ¿verdad? —dijo él sonriendo— ¿Acaso le ha molestado?

—No, no —aseguró ella—. Es que no los conocía.

—Hay varios. Menos mal. No habría suficientes jardineros para ese trabajo. Ellos en cambio no se cansan.

—¿Y lo hacen todo el día?

—Y todos los días. Y se enamoran, ¿sabe? —rió—. Les toman cariño a ciertas clientas. Las siguen. No les haga mucho caso.

Se rio y tosió. El café se le atragantó en la garganta.

—Son bromas —dijo el chico—. No se preocupe. En Escocia nos gusta la magia, los cuentos de fantasmas —añadió con una sonrisa en su blanquísima dentadura—. ¿No quiere probar unos *haggis*? Es el plato típico de Escocia.

Comió *haggis*. Prefirió no preguntar los ingredientes.

En su paseo esa mañana, ignoró al robot frente al comedor. Recorrió las áreas verdes para contar cuántos había. Eran cuatro, distantes uno del otro. No podía creer que se estaba obsesionando con el robot, con su robot.

De vuelta al castillo entró por la puerta de la recepción. Quería visitar los alrededores. La excursión a la isla de Islay era la más fácil. Incluía un viaje en ferri de dos horas a Port

Ellen y la visita a famosas destilerías de whisky, entre ellas Laphroaig, la marca preferida de un marido ya olvidado, pero de buenos recuerdos. En la recepción se topó con el hombre solo. Se llamaba Richard, en efecto. Podía llevarla al ferri, le dijo. Él iba a tomar el mismo *tour*. Richard era un hombre suave, con buen humor. Escritor. Estaba en el castillo escribiendo. Era su lugar preferido para terminar sus novelas. El viaje en ferri fue un poco frío. Él llevaba un suéter extra. Se lo puso a ella sobre los hombros. Ella sonrió celebrando para sí el encuentro casual. Coquetearon. Ambos sabían verse a los ojos. En el viaje de regreso, la química y el whisky hacían lo suyo. Ella no pudo evitar comentarle el caso del robot cortacésped y su fijación.

—¡Hasta me ha llegado a tocar la puerta!

—No lo culpo —dijo él, con picardía—. Sabrá que hay más vida que cortar el césped.

—Admito que la atención me halaga —sonrió ella—. Quizás lo invite —rió.

Dos o tres noches los dos conversaron hasta tarde en la biblioteca. Cuando quedó claro que la cama era el próximo destino, ella le tomó de la mano juguetona.

—¡Ven! Te mostraré algo. Como pensó, el robot estaba afuera de su puerta.

—Invítalo —rió Richard—, se lo ha ganado.

Ella lo llevó en brazos. Lo abrazó. Lo colocó suavemente en el suelo de la habitación.

—No cortes la alfombra —le advirtió.

Hicieron el amor mientras el robot iba de un lado al otro.

Ella no necesitó evocar a Jamie esa noche. Entre las manos de Richard y el ronroneo celoso del robot tuvo una multitud de orgasmos. —EPS

Martín Bianchi

Sueños de verano

SUCEDIÓ UNA DE esas tardes bochornosas y húmedas del insoportable verano porteño. Un día de febrero, poco antes de volver a la escuela, Andrés y yo nos escapamos de la piscina del club y nos escondimos bajo las gradas del campo de rugby. Ahí, con los bañadores empapados, nos dimos el primer beso. Nos besamos torpemente como dos chavales de 12 años en 1994: rápido y con miedo. Recuerdo la sensación de peligro, la idea de estar haciendo algo prohibido. El corazón me latía como nunca, bombeando chorros de sangre que me hicieron sentir vivo, libre y verdadero por primera vez.

Tardé en volver a sentir todo eso. Fue también una tarde de verano, pero esta vez del año 2000. Conocí a Juan en una tienda de discos en la avenida de Santa Fe, esquina con Riobamba, en el centro de Buenos Aires. Él tenía 26 años, pero me dijo que tenía 22. Yo tenía 18 recién cumplidos, pero le dije que tenía 22. Él era abogado; yo todavía no había empezado la universidad. Empezamos a charlar mientras dábamos un paseo por Santa Fe. No había un alma en la calle. Las librerías y cafés estaban desiertos. Intercambiamos correos electrónicos y nos despedimos.

Yo fui el primero en escribir a su dirección. Unos días después, a comienzos de febrero, fui con él a la plaza de Leloir, detrás de la casa de mis abuelos. Nunca hay nadie en ese jardín olvidado que brota a la sombra de la Biblioteca Nacional. Ahí, bajo un ombú centenario, a escondidas, me dieron (o quizás di, no lo recuerdo bien) mi segundo beso. Me gusta pensar que la biblioteca, esa bestia de hormigón en medio de la Recoleta que Borges alguna vez domó, fue la única que nos vio. Yo pensaba que aquello no iba a acabar, pero el primer amor suele durar lo que dura un verano.

Unos años más tarde, con 26, me fui lejos de mi ciudad. Llegué a Madrid un día de septiembre, en el oca-so de otro verano, diciéndome a mí mismo que venía a estudiar. Me llevó mucho tiempo comprender que en realidad me fui de casa para encontrarme. A veces, el

camino más largo y doloroso es el más fácil. Otras veces, es el único camino.

Y fue aquí donde, otro verano, con 28, entrevisté a María Kodama, la viuda de Borges. Gracias a ella conocí a Israel. Él me invitó a un café; yo le dije que mejor nos tomábamos unas cañas. A las pocas semanas nos fuimos de viaje. Caminando por las calles de Lisboa volví a sentirme vivo, como aquella tarde en el club cuando tenía 12 años. Me prometí a mí mismo que nunca más volvería a esconderme, que intentaría vivir el resto de mi vida como lo hice aquel verano portugués: libre. Creo que he cumplido mi palabra.

Recordando todos estos momentos me he dado cuenta de que los veranos me saben a libertad y a sueños cumplidos. Supongo que no soy el único que se siente así en esta época del año. Durante estos meses trabajamos menos. Perdemos más tiempo porque hay más tiempo que perder y hacemos un poco más de todo aquello que nos gusta y que nunca tenemos tiempo de hacer o que

En verano soñamos despiertos. Así es más fácil acordarse de los deseos y futuros brillantes que destellan en nuestra mente



no nos atrevemos a hacer. Comemos más, leemos más, hacemos más deporte, hacemos más el amor. También soñamos más. Cuando lo hacemos dormidos, es difícil recordar las fantasías que rondan nuestra cabeza. Pero en estos meses también soñamos despiertos, tumbados bajo al sol, mirando ciegamente al firmamento. Y así es más fácil acordarse de los deseos y las posibilidades de futuros brillantes que destellan en nuestra mente.

Creo que tendríamos que aprovechar este momento para pensar cómo hacer realidad todos esos sueños, para trazar planes minuciosos que nos hagan sentir vivos y verdaderos todo el año. Porque el verano termina en septiembre, pero el resto de nuestras vidas está a punto de comenzar. —EPS

CIELO
AZUL
¿Y SI CALIDADE FUESE UN LUGAR?
ARENAL

GALICIA
CALIDADE



XUNTA
DE GALICIA